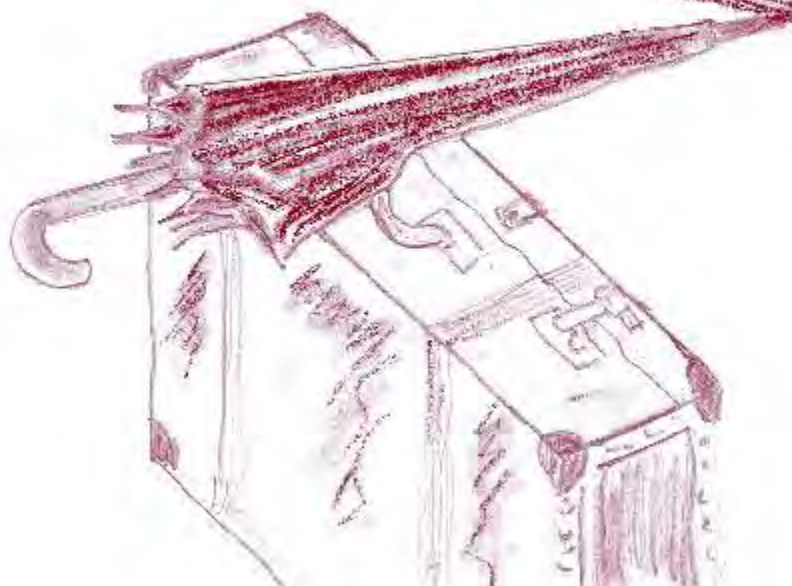




Vidas de emigración



VIDAS DE EMIGRACIÓN

Redacción y realización:

Montserrat Pérez Cuntín

Diseño, maquetación y producción:

UGT-Galicia

Edita:

Comisión Ejecutiva Confederal de UGT
Hortaleza, 88; 28004 MADRID

Subvencionado por:

Ministerio de Sanidad y Política Social
En el marco del Programa Servicio de Atención a Emigrantes Retornados

Ilustraciones de portada:

Julio Maximino Pereira Álvarez

Imprime:

Imprenta La Ibérica

Depósito legal:

C 4239-2010

Agradecemos la colaboración de Julio Maximino Pereira Álvarez, que aportó sus dibujos para la realización de la cubierta de la presente edición

Saramago decía en su *“Historias de la Emigración”*: *“Que tire la primera piedra quien nunca haya tenido manchas de emigración ensuciándole el árbol genealógico... Tal como en la fábula del lobo malo que acusaba al inocente corderito de enturbiarle el agua del riachuelo donde ambos bebían, si tú no emigraste, emigró tu padre, y si tu padre no necesitó mudar de sitio fue porque tu abuelo, antes que él, no tuvo otro remedio que irse, cargando la vida sobre las espaldas, en busca del pan que su tierra le negaba”*, esta es una realidad para la mayoría de los hogares gallegos, para una Galicia que como dice Manuel Rivas es *“tierra de emigrantes y naufragos”*.

Nuestro país vivió durante largos años el proceso de la emigración, fueron muchos los hombres y mujeres que cruzaron océanos o continentes, en busca de un mejor destino, en busca de nuevas oportunidades y posibilidades, despidiéndose de su familia y de una tierra que les negaba lo más básico. Abandonaron España para encontrar, en muchas ocasiones, durísimas condiciones laborales y de inserción, que comenzaba, a veces, con la primera gran dificultad que suponía el desconocimiento del idioma del país. Todos aquellos que se fueron, llevaban como equipaje la ilusión por un futuro mejor, pero también el tremendo desgarró que supone dejar lo más amado.

En esta obra se recogen los emocionantes testimonios de personas que vivieron la experiencia de la emigración en todas sus formas... de quienes decidieron emigrar, de sus descendientes, de quienes les han acompañado... Se trata de una obra en la que se mezclan periodos, países, experiencias y con el que pretendemos homenajear a toda aquella gente que vivió acompañada de esta realidad.

Con estas historias nos emocionaremos y podremos conocer unas experiencias que nos ayudarán a entender lo que hoy somos, porque nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro están

unidos por la experiencia compartida de la emigración. Una aventura que llevaron a cabo muchos de nuestros compatriotas con la ilusión de que aquello significaría un cambio de vida para ellos y sus hijos a los que les podrían dar, entre otras cosas, unos estudios a los que ellos no pudieron acceder. Y muchos otros lo hicieron con la idea de huir de la presión social, política y religiosa que existía en aquellos años.

Desde **UGT** queremos dar gracias a todos y cada uno de quienes han colaborado con nosotros porque sin sus testimonios y sus aportaciones, este modesto viaje de ida y vuelta no se podría haber realizado.

“Analía recuerda que su bisabuela nunca se cortaba el pelo. La larguísima melena vestía la espalda como una túnica sedosa que en sus ribetes casi alcanzaba los talones. Era el único trazo enigmático en aquella mujer de vida humilde, trato afable, hablar pausado y ojos clarividentes. En realidad, como descubrió Analía, el pelo tenía la longitud de un relato histórico. Ramira, la bisabuela, había emigrado muy joven. Una niña, podría decirse, pero en aquel tiempo para los pobres no había infancia. A medida que el barco se alejaba de Vigo, la muchacha notó que le caía el cabello. Se le iba, sin más. Una interminable travesía surcada en el cuero del cráneo. Ocultaba las calvas con una pañoleta. Y al llegar a Buenos Aires, en lugar de santiguarse, alzó la mirada a lo más alto y juró que nunca jamás se cortaría el pelo”. Manuel Rivas.

**SEGUNDO LUIS
FERNÁNDEZ LAMELA**

“Aprendí pronto que al emigrar se pierden las muletas que han servido de sostén hasta entonces, hay que comenzar desde cero, porque el pasado se borra de un plumazo y a nadie le importa de dónde uno viene o qué ha hecho antes”.

(Isabel Allende)

Esta es la historia de Segundo Luis Fernández Lamela, nacido el 25 de agosto de 1943 en la provincia de Cienfuegos, República de Cuba. Segundo es hijo de Modesto Fernández Vázquez, quien tras haber emigrado y retornado anteriormente, emigro a México por problemas políticos y más tarde a Cuba con carácter definitivo en el año 1936 cuando en España tenía lugar la guerra civil.

Segundo no conoció España hasta el año 1970, entre sus recuerdos más personales se encuentra aquella imagen de su padre que en todo momento mientras la salud le permitió trabajar del sueldo que recibía una parte la destinaba enviándola a su familia de Galicia, y ello a pesar de las estrecheces que pasaban en su hogar. Por aquel entonces, para Segundo, Galicia era un lugar de pobreza y oscuridad pero al que su padre siempre añoró y quiso regresar...

Mi padre emigró de España por primera vez en el año 1917, era el mayor de los hijos de la familia Fernández Vázquez residente en el poblado de Tangil en el municipio de Cea, Orense, cuando lo hizo tenía solamente 22 años y se marchó acompañado de un primo hermano y varios amigos de la localidad. Él me contaba que esa era una época muy difícil en España, no había trabajo por ninguna parte y cuando se encontraba algo, los pagos eran miserables. Su familia apenas tenía recursos y estaban pasándolo muy mal económicamente, por ello decidió marcharse con el objetivo de ayudar a cambiar esa situación.

Decidió irse a Cuba, porque en el año 1902 este país había obtenido la independencia de EEUU y en esa época tenía lugar un proceso de recuperación muy fuerte, había trabajo por todas partes y además faltaban hombres para trabajar debido a las pérdidas de muchos de sus hijos durante la última guerra de independencia.

Contaba mi padre que llegó a Cuba por el puerto de La Habana y al día siguiente comenzó a trabajar como obrero de mantenimiento en el Hospital Reina Mercedes de la capital. Tras haber pasado algún tiempo trabajando en ese lugar decidió marcharse a la zona central del país, con el fin de participar en las tareas de la zafra azucarera y la cafetalera que tenían lugar, respectivamente, durante el invierno, el final del verano y el otoño. En estos lugares era posible trabajar de sol a sol y así obtener pagas muy superiores, y a pesar de que estos trabajos eran muy fuertes, su condición de labrador en España le resultó de gran utilidad.

En el año 1926 decidió regresar a Galicia, la morriña pudo con él y extrañaba mucho a sus padres y hermanos después de nueve años sin verlos.

Tras su llegada trabajó en Pontevedra, La Coruña y Ferrol. En estos lugares realizó faenas en la carga y descarga de mercancía en los puertos, pesca y construcción de embarcaciones y de cada 15 días, pasaba tres de ellos con la familia. Por aquel entonces los salarios no eran altos pero él estaba contento y además realizaba faenas de agricultura, pero solamente para el consumo familiar.

En el año 1936 cuando estalló la Guerra Civil, mi padre se encontraba trabajando en los Astilleros de Ferrol, donde además se había involucrado en tareas sindicales, por lo que se vio obligado a emigrar nuevamente.

Con lo puesto, partió en un barco con más de 400 españoles con destino a México donde el General Lázaro Cárdenas dio la orden de prestar toda la ayuda posible a los españoles que se veían precisados a salir del país en medio de los acontecimientos de la guerra civil, y desde allí decidió volver a Cuba.

Una vez que llegó a Cuba, se instaló nuevamente en la zona central del país y allí consiguió la posibilidad de trabajar en una central azucarera llamada “Hormiguero” (ahora Espartaco). Por aquella época, los propietarios de la fábrica, que eran de nacionalidad norteamericana, con el fin de tener buenas relaciones con el gobierno cubano, exigían a sus empleados que renunciasen a la nacionalidad de origen a favor de la cubana, haciéndole de esa manera el juego a una ley vigente, establecida por el gobernante de turno, Don Ramón Grau San Martín. Por ese motivo, mi padre renunció a la nacionalidad española, solicitando ser cubano, solicitud que le fue concedida por el Ministerio de Gobernación en febrero de 1940.

En esta zona mi padre conoció y se casó con mi madre, quien también era hija de un español, gallego, natural del municipio de Monte de Ramos en la provincia de Orense, y que había viajado a Cuba como sargento de primera del Ejército español pero que una vez concluida la guerra, decidió quedarse definitivamente logrando convertirse en uno de los colonos y dueños de finca más grandes de la comarca.

Mi padre decía que era un hombre privilegiado porque tenía tres patrias, España la patria en que nació y que era en la que se encontraban sus padres y hermanos, México, el país que le salvó la vida y Cuba el país que siempre lo acogió y le dio lo necesario para vivir y hacer una familia.

Mi padre era un hombre callado, contenido y de él recuerdo su mirada nostálgica y su figura triste, creo que la morriña se había apoderado de él y más cuando recordaba a su familia. Me contaba que España era un país más grande que Cuba, pero que tenía grandes carencias y había mucha pobreza.

A pesar de que nosotros vivíamos del campo, mi padre me decía que eso en España no podría haber sido porque con las faenas agríco-

las era muy difícil lograr lo suficiente para garantizar lo fundamental para vivir, ya que había mucho atraso sobre todo en medios técnicos.

También me vienen a la memoria aquellas historias en las que mi padre nos contaba que, en Galicia, la mujer era la que llevaba el peso fundamental del trabajo doméstico de la casa, de los cultivos de las parcelas familiares y del cuidado de los animales... y en el que, esa misma mujer, guardaba largos períodos de luto totalmente vestida de negro por el fallecimiento de los familiares más y menos allegados.

Además nos hablaba de un país en donde la religión católica dominaba los hechos más básicos, de un lugar en el que había iglesias por todas partes.

También nos hablaba de que La Coruña era una ciudad muy grande, rodeada de mar, un mar revuelto, en el que, por aquel entonces, morían muchos hombres en la faena de la pesca.

Recuerdo sus ojos cuando nos hablaba de los lindos paisajes de Galicia, que todo era verde, sus montañas y valles, que había grandes ríos, y me comparaba el Miño con el Damuji, un río que corría cerca de la zona en la que vivíamos.

Pero su mayor preocupación siempre era como lo estarían pasando sus familiares, a quienes había dejado en España con una Guerra Civil que lo único que produciría es más miseria. Esa fue la razón más significativa para que mi padre, a diferencia de otros, no dispusiera de una vivienda cercana al lugar de trabajo y otras propiedades, pues una vez cubiertos los gastos personales, el resto lo enviaba todo a sus padres y hermanos.

Creo que mi padre se quedó con una gran pena de no poder regresar a su tierra, o como mínimo, de no visitarla, pero, evidentemente, las circunstancias económicas y políticas, no se lo permitieron. Una vez fallecidos sus padres y debido a que, parte de sus hermanos habían muerto y otros también habían optado por emigrar a otros países como Argentina, el contacto con España se fue perdiendo en Cea solo le quedaban dos hermanos con los que la correspondencia fue muy esporádica, hasta que se perdió definitivamente. Las circunstancias de la vida separaron a la familia y ello evidentemente fue algo que marcó significativamente la existencia de mi padre que nunca olvidó sus raíces y del que me siento muy orgulloso.

He de decir que a pesar de ser hijo de español, nunca me sentí diferente en Cuba. Por aquel entonces, en este país había muchos españoles y por supuesto hijos de españoles.

En mi familia mi madre y dos hermanas más se casaron con españoles, yo nací y crecí en un ambiente en el que muchos primos hermanos éramos hijos y nietos de españoles, principalmente gallegos, eso sí, por alguna razón que desconozco, quizás porque sea el único que llevaba el nombre de mi abuelo, entre todos los familiares de origen español, al único y al que siempre llamaron por el apodo de “gallego” fue a mí, aún lo hacen, ahora con más razón.

Algunos españoles en Cuba, eran dueños de fábricas de azúcar, almacenes, barcos, flotas de transporte y muchos eran dueños de mercados y bodegas. Otros como mi padre eran trabajadores de la industria, otros, como mi abuelo, eran colonos y dueños de las fincas que trabajaban; mientras que otros muchos españoles trabajaban en el campo. Lo que sí he de decir es que en Cuba nunca conocí a algún español que fuera considerado como un extranjero o persona de segunda categoría, porque todos tenían los mismos derechos y las mismas obligaciones de los nativos.

De niño solo pude estudiar hasta completar la primaria. Cuando tenía 12 años mi padre enfermó y se tuvo que acoger a una jubilación anticipada por enfermedad y estuve obligado para ayudar al sustento de la familia, a incorporarme a las labores agrícolas en la zona del campo en que vivía.

Continué con esta labor durante cinco años hasta 1959, año en el que triunfó la revolución dirigida por Fidel Castro. En ese año fui llamado a trabajar a una gran fábrica de papel que se estaba construyendo al lado de la industria azucarera cercana a mi casa, con el fin de aprovechar los residuos de la caña como materia prima para el papel.

Por aquel entonces comencé a realizar los estudios medios en la Facultad Obrero Campesina (Instituto de Formación para trabajadores) que tenía horarios nocturnos y sábados en la mañana, y de esa forma podía conciliar mi trabajo con los estudios. Posteriormente, estudié cuatro años de Derecho y más tarde cinco años de Economía y Dirección de empresas.

Paralelamente a la realización de mis estudios que concluí a los 41 años seguía trabajando. Tal y como dije antes, comencé de obrero en una papelería que se encontraba en construcción, más tarde trabajé como administrador de otras fábricas de papel y madera artificial, y posteriormente, durante 35 años, como dirigente de empresas y otras actividades de alto nivel en el Instituto Cubano del Petróleo que, luego pasó a llamarse Unión Cuba-Petróleo. La clase de responsabilidades que ostentaba me permitió, desde los primeros momentos, realizar decenas de viajes a distintos países de tres continentes, primero a las Repúblicas de la antigua URSS y posteriormente a Europa, América del Norte y América Latina, así como relacionarme con importantes empresas transnacionales y con altos hombres de

negocio dentro de la esfera de los combustibles y los lubricantes.

Antes de regresar a España llevaba trabajando dos años en la corporación comercial “CUBALSE”, trasladando mi experiencia en la esfera de la logística.

Durante todo ese tiempo, España para mí era el país de mi padre, pero era un país que me resultaba lejano en mi mente. Eso sí, he de decir que en Cuba nunca existió, ni existe desafección alguna por España ni por ningún pueblo del mundo. Los cubanos partiendo de las ideas y pensamientos de José Martí hemos sido educados sin complejos y con amor a los demás pueblos.

Los cubanos consideran a España como “la madre patria” y así es como la llamamos. En general, las relaciones entre Cuba y España siempre han sido buenas, con algunos baches que no vale la pena recordar, pero un español para un cubano es como alguien que habla su propio idioma, con quien se comunica sin ninguna dificultad, con quien es posible lograr una buena amistad.

Y llegó la primera vez que visité España, eso fue en 1970, por motivos de negocios en Barcelona. Durante años, España junto con México y Francia fueron de los países que visité con mayor frecuencia, aunque en aquellos años no venía con la idea de buscar mis raíces, sino que era el trabajo lo que me traía aquí.

Allá por mediados de los años 90, revisando viejas fotografías, me comencé a preguntar acerca de qué habría sido de mi familia, de aquellos de los que mi padre tanto me hablaba. En el año 1995

un amigo mío llamado Ramón que trabajaba en una empresa catalana con la que yo tenía contactos de negocio, me ayudó a reencontrar a mi familia en España.

Tres días después de haberle contado mi historia y haberle pedido orientación acerca de cómo localizar a mis familiares, recibí una llamada de una de mis primas, ella es hija de un primo hermano de mi padre, reside en el poblado de Cea. Recuerdo ese momento como muy intenso porque tras tantos años, volvía a mis recuerdos de la infancia.

Dos meses más tarde, aproveché un viaje de negocios que tenía que realizar a Cataluña para venir a conocer a mi familia. Si bien ellos sabían que venía a visitarles, mi sorpresa fue infinita cuando en el aeropuerto de Santiago estaban 18 personas esperándome, todos familiares. Nunca olvidaré la emoción que sentí, esa sensación que tuve cuando abracé a mi tío, ya muy mayor, porque reconocí el olor de mi padre. No tengo palabras para describir lo que en aquellos momentos sentí, él y yo nos mirábamos, y él me decía que era como estar viendo a aquel hermano que se había marchado hacía tantos años.

A partir de ese viaje decidí solicitar la nacionalidad española que además era un legado de mi padre, él siempre creyó que algún día los hijos de españoles nacidos en el exterior también tendrían derecho a ostentar esa nacionalidad, porque en la mayoría de los casos esos padres se marcharon obligados por razones políticas o económicas. Siempre me dijo que si algún día fuera posible no dejara de ejercer ese derecho porque era una manera de reivindicarla él, ya que como dije antes, mi padre tuvo que renunciar a la nacionalidad española en contra de su voluntad, por mandato del gobernante de turno.

Si bien pude haber solicitado la nacionalidad antes, no lo hice porque en esa época ostentaba cargos de dirección en la economía del país y no era aconsejable mezclar ambas cosas. De todas maneras, en el momento en que realicé la solicitud, resultó que por aquel entonces no tenía derecho a ella, puesto que la ley, por el hecho de que mi padre hubiera renunciado a la suya, lo impedía. De todas maneras, unos meses después fui llamado por el cónsul español en Cuba y se me concedió.

Regresé a España en el 2004. Entonces tenía 61 años y la verdad es que regresar a España nunca había formado parte de mis planes, nunca había pensado en ello. Pero llegó un momento en el que dada la situación económica imperante en Cuba y con el único fin de mejorar nuestras vidas y ayudar a la familia, solicitamos autorización para viajar por cinco años, con entradas y salidas múltiples.

Viajar con mi familia fuera del país no me resulto fácil, es por ello que un familiar en España realizó una serie de gestiones mediante las cuales recibimos para nuestra solicitud el apoyo de la Xunta de Galicia. Desde este Gobierno se envió una carta a La Habana apoyando nuestra petición. Lamentablemente, el funcionario del gobierno cubano que recibió esta carta, decidió que no había un motivo de peso para tramitar y autorizar este tipo de salidas.

A pesar de encontrarnos con esta negativa, decidimos venirnos a España. Fue una decisión difícil y complicada porque mi esposa Rosa y mi hija menor perdieron su residencia en Cuba. En mi caso, aun la mantengo no obstante el elevado costo y las obligaciones que ello impone, pero lo contrario significaría la pérdida total de la única vivienda propia que hasta hoy dispongo, pues adquirir otra con la misma condición en España es un sueño, eso y nada mas.

He de decir que cuando llegamos a España, en general, la familia nos recibió muy bien. Durante los primeros meses nos ayudaron en todo lo que yo creo que podían, y les estaré siempre muy agradecido. Evidentemente, conforme fue pasando el tiempo y como dicen en Cuba, “el agua va cogiendo su nivel” y cada quien fue centrándose en su propia vida. Algunos prefirieron darnos la espalda, olvidarse de que vivíamos entre ellos, pero los buenos, los de verdad, se mantienen ahí, compartiendo lo bueno y lo malo...

En el aspecto laboral, no voy a negar la evidencia, en España, tengas la preparación que tengas, es muy difícil encontrar un trabajo digno y, concretamente en Galicia, es prácticamente imposible. En este país a quienes se les considera inmigrantes se cree, en general, que solo pueden acceder a trabajos no cualificados tales como el servicio doméstico, o trabajos en los que las horas son eternas y los salarios mínimos. Soy de los que creen que España, que ve en los EEUU la gran democracia mundial, no ha sabido tomar de ella la enseñanza de que cualquier hombre es útil tenga la edad que tenga, venga de donde venga, y que lo realmente importante es su capacidad y los resultados. Aquí los resultados no pueden saberse porque, de entrada, no te dan la posibilidad, la opción. Un hombre, o una mujer a partir de los 40-45 años, es cuando comienza, verdaderamente, a rendir profesionalmente y, sin embargo, sus posibilidades de inserción laboral son muy pocas y, si, por añadido, es inmigrante o su acento es distinto, en algunas zonas se convierte en un cero a la izquierda.

Desde mi experiencia, es casi imposible encontrar a un inmigrante trabajando de profesor, de ingeniero en una fábrica, de chofer de un autobús, de dependiente en una cadena multinacional e incluso de dependiente en un “chinchal” (pequeña tienda) pues de entrada no lo admiten.

Creo que para muchos políticos solo tenemos valor en los procesos electorales, en esas épocas nuestros buzones se llenan de solicitudes y promesas para que concedamos el voto a unos u otros. Sin embargo, sí reivindico el gran trabajo de atención sanitaria y educacional, La ayuda inestimable de Caritas, Los Sindicatos, La Cruz Roja y muchas ONG. A los emigrantes para que podamos sobrevivir e integrarnos en la Sociedad.

Para concluir solo quería decir que por la experiencia acumulada y por la crisis económica actual mediante la que se trata de justificar casi todo, el futuro lo veo, como diría un buen cubano “Gris y con pespuntes negros”. Creo que en Galicia las pocas oportunidades de trabajo que surgen, en general, ya están, en muchas ocasiones predestinadas, y no precisamente para los inmigrantes “eses que veñen de fora, eses extranxeiros”. Aquí “as extranxeiras” están predestinadas a trabajar en el servicio doméstico, y al cuidado de personas mayores, en general sin Seguridad Social, con muchas horas de trabajo, pagas cada vez más reducidas y en algunos casos maltrato psicológico bien administrado.

Deseo de todo corazón estar equivocándome en este pronóstico, pues le he tomado cariño a esta tierra, a la que agradezco el calor que muchas personas (y algunas Instituciones) me han dado.



Segundo Fernández



Modesto Fernández,
padre de Segundo

ANOLAN FERNANDA CHACÓN, REGISTRADORA DEL REGISTRO DEL ESTADO CIVIL
DE SAN FERNANDO DE CAMARONES, PALMIRA, PROVINCIA CINCUENOS.

CERTIFICADO: Que al Tomo 2.- Folio 242.- Sección de Ciudadanía de este Registro Civil a mí cargo aparece el Acta 95.- que copiado textualmente dice:-----

DERECHOS
PAGADOS



MODESTO FERNANDEZ Y VAZQUEZ. En San Fernando de Camarones, Provincia de Santa Clara, a las diez y media de la mañana del día veintitres de Septiembre de mil novecientos treinta y siete, ante el Doctor Ramón Vidal y Diez-Juan Municipal de este Término, Encargado del Registro Civil y de mí el Secretario Augusto Ceballos y Abreu -- comparece el Señor Modesto Fernández y Vázquez, natural del pueblo de Tenjil, en la provincia de Orense, España, Soltero, jornalero, de raza blanca, de cuarenta y un años de edad y vecino del Central Normiguero, Barrio de Paredero, en este término Municipal, con el carnet de extranjero número sesenta y nueve mil, quinientos veintidos; y dice: que con fecha veintidos de Septiembre de mil novecientos treinta y seis, en este Registro Civil declaró su intención de adquirir la nacionalidad cubana, habiéndose extendido acta a fojas sesenta y ocho -- sesenta y nueve y setenta de este Libro; y que habiendo transcurrido un año de aquel acto, viene de acuerdo con el caso quinto del artículo sexto de la Ley Constitucional de la República, en relación con el Artículo noveno, del Decreto número ochocientos cincuenta y nueve de mil novecientos ocho, del Gobierno Provisional, a hacer constar que renuncia en forma a su anterior nacionalidad española, para adquirir la cubana; -- que jura cumplir la Constitución de la República de Cuba, las Leyes que rigen actualmente en la misma y las que vigieren en lo sucesivo.

El Señor Juez dispuso se extendiera la presente acta -- de renuncia de la ciudadanía española y adquisición de la cubana, del compareciente, haciéndose constar que es de las generales que constan en los folios y Libros anteriormente expresados, que se ha tenido a la vista. Fueron testigos presenciales de esta inscripción Cándido Pantaleón y Rodríguez y Guillermo Mesa y Acevedo, ambos mayores de edad, del Comercio, naturales y vecinos de este pueblo; quienes prestan juramento y bajo el mismo aseguran constarles la certeza de las circunstancias consignadas.

Leída y aprobada esta acta, se selló con el del Juzgado y la firman el Señor Juez, comparecientes y Testigos: de que certifico. -----

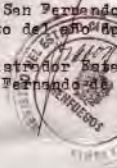
Dr. Ramón Vidal.- Modesto Fernández.- Cándido Pantaleón.
Guillermo Mesa.- Aug. Ceballos.-----
Hay un cuño Gemógrafo que dice Juzgado Municipal Camarones.

Para surtir efectos dentro del Territorio Nacional.

Como constancia se extiende la presente en San Fernando de Camarones a los diez y seis días del mes de Agosto del año de mil uno

Confeccionado por: _____

Registrador Estado Civil
San Fernando de Camarones.



Renuncia a la nacionalidad española de Modesto Fernández

**GUMERSINDA
LORENZO IGLESIAS**

“España no está aquí, está en América. En México está la esencia más pura de España”.

(Ramón María del Valle Inclán)

Sinda nació en 1951 en Avión, un municipio de Ourense aislado entre montañas. Ella como tantos otros vecinos partieron hacia Méjico en busca de una vida mejor y estos vecinos que se fueron representan cerca de la mitad del censo electoral del municipio y hacen que las fiestas del verano estén amenizadas por gaitas y mariachis.

Sinda se casó muy joven, solo tenía 18 años. En enero de 1970, Sinda y su marido Roberto se marcharon a Méjico, allí pasaron 36 años de su vida, en aquel país construyeron su vida y allí formaron su familia y su futuro.

Esta es la historia de una mujer que dejó aquí su vida y que siendo muy joven se marchó a un país desconocido en el que no sabía lo que iba a encontrar, y de donde no sabía si iba a regresar.

Los padres de mi marido, al igual que muchos otros de nuestro pueblo, habían emigrado a Méjico a principios del siglo XX y aunque luego regresaron a España, donde nació mi marido Roberto, él a los 18 años decidió marcharse a Venezuela en donde estuvo un año. Desde allí se fue a Méjico, país en el que se instaló y comenzó a trabajar y del que regresaba a pasar temporadas a España.

Fue en una de esas estancias, cuando yo conocí a Roberto y fue en uno de esos míticos guateques de comienzos de los 70. Nuestro noviazgo fue muy corto porque nos casamos apenas seis meses después de conocernos. Yo sabía que él vivía en Méjico, por tanto era consciente de que tras mi matrimonio yo tendría que irme con él, pero es algo que mientras que no llega se ve como lejano e incluso ajeno. Nunca imaginé lo duro que es emigrar hasta el momento en que se produce la despedida, y yo creía que el día del adiós no llegaría.

Para mí marcharme fue terriblemente duro, yo era hija única y solo tenía a mi madre, al igual que ella solo me tenía a mí. Recuerdo la despedida con ella y con mis tíos, había un coche fuera de la casa, les dije que por favor no saliesen porque no quería tener en mi mente la escena de marcharme y mirarles allí parados en el camino. Las sensaciones que tuve en aquellos momentos no las puedo describir, es como si te deshicieses por dentro, como que te vacías, que te falta la fuerza...y es que yo cuando me fui no sabía si iba a regresar, si iba a volver a ver a mi madre, a mi familia, tenía 19 años y era una niña, y aunque me iba con mi marido no sabía lo que me esperaba, tenía miedo a lo desconocido, a un futuro incierto, fueron momentos muy difíciles.

Tras bajar del avión conforme nos íbamos acercando a la ciudad de Méjico DF, una ciudad enorme, fui siendo consciente de que aquello era otro mundo, todo era tan distinto. Imagínate, yo, como mucho había venido alguna vez a la ciudad de Orense y ya me parecía grande. España y Méjico son muy ajenos, la cultura es muy diferente, nos asemeja el idioma y poco más. Son países que se encuentran en continentes distintos y la España que dejábamos en los años 70 estaba a años luz del Méjico de los años 70.

Una de las primeras cosas que hicimos fue arreglar mi documentación porque era la forma de no tener ningún problema en Méjico. Como mi marido ya era residente (era titular de una tarjeta que se llama FM2), fue muy fácil tramitar mis documentos para estar legal. Recuerdo que me dieron un pequeño libro que acreditaba mi residencia legal y durante los primeros cinco años tenía que ir renovando anualmente mi condición. Ese libro terminó lleno de sellos que acreditaban el pago de impuestos que debía abonar en cada renovación. Con aquella primera residencia de la que fui titular, no podía realizar ninguna actividad remunerada, y una vez transcurridos esos cinco años pasé a ser titular de mi propia tarjeta de residencia FM2, que sí me permitía trabajar.

Cuando llegamos nos instalamos en la casa de un hermano de Roberto. Era una casa que estaba muy bien, perfectamente equipada y en ese sentido no puedo quejarme porque no me faltaba de nada y estaba con la familia de mi marido, pero yo no puedo evitar pensar en aquellos momentos con cierta tristeza. Aquella no era mi casa, estaba de prestado y no estaba cómoda, no por mis cuñados que me ponían todas las facilidades del mundo y eran muy amables, sino porque yo, acabada de llegar y recién casada, quería tener mi propio hogar y además la añoranza de mi tierra y mi familia me superaban.

Tras ese primer año y medio en casa de mis cuñados, en el que los primeros meses convivimos con ellos para luego quedarnos solos cuidando de la casa porque ellos se trasladaron a España durante una temporada, Roberto y yo nos instalamos en una zona de Méjico DF que se llamaba La Colonia Anzures.

Por aquel entonces, yo no podía trabajar porque legalmente no era posible, mientras que mi marido era comercial de ropas de cama, trabajaba muchas horas, salía de la casa muy temprano venía a comer y no regresaba hasta la noche. Por eso, yo pasaba muchas horas sola y salía muy poco de casa. Visitar a nuestras amistades era complicado porque al ser Méjico DF tan grande estábamos lejos los unos de los otros, eso sí, recuerdo que casi todos los domingos los conocidos nos reuníamos para compartir nuestros ratos de ocio. En aquellos tiempos mi principal entretenimiento era la TV.

Para nosotros mantener los vínculos con nuestra tierra era fundamental, pero en los años 70 las cosas no son como ahora. Actualmente, poder contactar con cualquiera y en cualquier lugar del mundo es muy fácil, todos tenemos un teléfono y existen esos planes de precios que permiten realizar llamadas económicas, además Inter-

net hace que podamos vernos unos a otros y con esas videoconferencias todo resulta algo más cercano, no se nota tanto la distancia; pero, a comienzos de los años 70 las cosas eran muy distintas.

En Méjico, en todas las casas en las que yo estuve viviendo había teléfono, pero en Avión, mi aldea, no era así... Cuando yo me marché en todo el pueblo había 14 teléfonos y para poder hablar con alguno de ellos había que llamar a una centralita. En la casa de mi madre no había teléfono, por eso cuando quería hablar con ella tenía que llamar a la Centralita para que alguien la avisase y fuese a la casa de algún vecino que sí tenía línea telefónica. Hablar con ella era muy complicado y muy costoso.

Por eso, durante los primeros años de mi emigración las cartas eran la forma de poder mantener contacto con mi familia y mis amigos en España. Esas cartas se convirtieron en necesarias anímicamente, porque cuando las escribía era una forma de desahogarme y al recibirlas se convertían en una alegría asociada a la nostalgia. Tenía la suerte de que mi madre sabía leer y escribir y eso significaba que cada mes y medio, más o menos, yo recibía noticias de ella, de mi familia, de mi gente, de mi tierra... Entre mis recuerdos, están los días en los que llegaban esas cartas, me encerraba en la habitación y tras la alegría por haber recibido noticias llegaban las lágrimas, ¡ cuánto lloraba, cuanta añoranza sentía!... La emigración es muy dura y solo la entiende quien la ha vivido

Lógicamente, con los años las cosas fueron cambiando y una vez que en casa de mi madre se instaló un teléfono ya podíamos ponernos en contacto de forma más habitual y cercana.

Antes de que naciese mi primer hijo, mi madre llegó a Méjico con la idea de instalarse con nosotros, pero la vida le resultó muy

difícil. Un par de años después, echaba de menos su tranquila vida en el pueblo y el contraste con la vida en la ciudad de Méjico era muy fuerte, así que decidió regresar a España.

Poco a poco, como dije antes, me fui acostumbrando a las grandes diferencias que existían entre España y Méjico, tanto culturales, como de costumbres y de idioma.

En cuanto a los horarios, aunque en Méjico son distintos a los usos españoles, en nuestra casa se giraba alrededor, primero del horario de mi marido, y después al horario de los colegios de los niños, por lo que no tuve ningún problema.

Como ama de casa, sin embargo, sí tuve que ir aprendiendo cosas. Por ejemplo, muchos alimentos tienen nombres distintos: El tomate allí se llama jitomate, las judías las llaman ejotes, a las patatas, papas. Y a la hora de hacer la compra, también tuve que ir acostumbrándome, por ejemplo, en la carnicería el nombre de los cortes de la carne en Méjico eran totalmente distintos a como se llamaban en España, así que los tuve que ir aprendiendo para así poder entenderme con los carniceros y realizar la compra que quería.

En el año 1973 nació mi primer hijo y dos años más tarde el segundo. Tras ser madre, evidentemente, mi vida cambió porque ya tenía mis quehaceres con los niños y con la casa, así que mi vida comenzó a ser mucho más dinámica y aunque, lógicamente, la morriña forma parte de uno, ya no existe tanto tiempo para pensar en España y comienzan a existir razones de peso para querer estar en Méjico.

Profesionalmente, mi marido, como ya dije antes, los primeros años fue comercial de colchas pero luego comenzó a trabajar en la hos-

telería como gerente de un hotel, fueron muchos los años dedicados a este sector y en él llegó hasta el final de su vida laboral. Por mi parte, yo, nunca trabajé profesionalmente a excepción de algunas veces que ayudaba en el hotel que regentaba mi marido porque tenían exceso de trabajo; mi dedicación fue plena a la familia, tenía dos niños a los que educar y un marido al que debía cuidar porque pasaba muchas horas trabajando para que no nos faltase de nada.

De ese modo, Roberto y yo fuimos formando nuestra familia, nuestros hijos en casa fueron educados con costumbres gallegas y españolas. Roberto y yo hablábamos en gallego y aunque los niños no lo hablaban, sí lo entendían perfectamente y aún hoy son capaces de comprenderlo. También, mantuvimos respeto a nuestras tradiciones gallegas en asuntos como las comidas, las fiestas de Navidad, etc. Por otra parte, ellos iban al colegio y jugaban con niños mejicanos, así que ellos iban empapándose de las costumbres más típicas del país mejicano y de la vida cotidiana de los jóvenes nacidos allí, es lógico y además eso era lo mejor para ellos, porque de lo contrario no se insertarían en el país en el que viven y serían tratados como extraños.

Mis hijos fueron creciendo en un mundo compuesto por dos culturas, son dos jóvenes españoles – mejicanos, muy buenos chicos, trabajadores y leales.

Roberto y yo siempre quisimos mantener el contacto con la colonia de españoles y gallegos en Méjico, que era muy grande porque además de los que habíamos emigrado por causas económicas, estaban los exiliados políticos.

También conocimos a muchos españoles en el Sanatorio Español, un centro médico del que desde el principio fuimos socios

(teníamos que pagar unas cuotas y así podíamos gozar del derecho a una asistencia sanitaria), en ese lugar nacieron nuestros hijos y allí íbamos cada vez que enfermábamos. Muchos médicos eran españoles y prácticamente todos los socios también lo eran.

Con el paso de los años he valorado a estas amistades como un tesoro porque los amigos que se hacen en el tiempo en el que uno está emigrado son para toda la vida, porque no son solo amigos, son tu familia, tu paño de lágrimas, tu desahogo, e incluso la forma de contactar con los que estaban aquí puesto que nos utilizábamos para enviar cosas a España aprovechando los viajes que unos y otros hacíamos.

Durante esos 36 años que estuve en Méjico y teniendo en cuenta que mi mayor miedo a la hora de marcharme era pensar que tal vez no volvería a ver a los míos, he de decir que mis visitas a España fueron bastante habituales. La primera se produjo en 1974, tras haber nacido mi hijo mayor, en aquel viaje me acompañó mi madre que decidió regresar al no acostumbrarse a la vida en Méjico. Aquella primera visita fue muy intensa porque volvía a estar con mi familia, en mi entorno y anímicamente fue muy importante para mí porque desterré aquel miedo con el que partí.

Tras ese primer viaje, tal y como comenté, tuvimos la posibilidad de venir habitualmente a España, cada dos, tres años, y nuestras estancias coincidían normalmente con la duración de las vacaciones escolares de los niños. En el año 1982 estuvimos todo un año escolar, no se trató de un retorno definitivo y que luego decidiéramos regresar a Méjico porque las cosas no nos iban bien, sino que estar uno ó dos años en España, de forma continuada, era algo habitual en la colonia de emigrantes gallegos en Méjico. Las familias reunían el dinero suficiente como para poder estar uno o dos años en España sin trabajar y así ir tirando de los ahorros

para subsistir. Esos eran otros tiempos porque la moneda mejicana era muy fuerte en aquel momento en relación a la moneda española.

Las visitas a España nos ayudaban mucho y en mi mente están aquellos que sufrieron tanto como yo en la emigración, pero que por sus circunstancias no podían venir tan habitualmente e incluso soy consciente de que algunos nunca pudieron regresar y también conozco a quienes tenían dos familias, una en España y otra en Méjico.

A diferencia de muchos de nuestros vecinos de Avión, no nos hicimos ricos, pero vivimos bien, nunca nos faltó de nada y soy consciente de que nunca hubiésemos progresado tanto económicamente como lo hicimos sino nos hubiésemos instalado en Méjico.

En nuestro caso volver, regresar a España era algo que Roberto y yo siempre tuvimos en mente, sabíamos que llegaría un momento en el que retornaríamos a nuestra tierra, pero nunca habíamos hablado de una fecha concreta, sino que el momento de regresar llegó. Al tener hijos evidentemente la decisión se hace de una forma más meditada porque también su opinión resulta importante.

Ese momento llegó en el año 2005. Por una parte, estaba mi madre que ya tenía una edad muy avanzada y yo como única hija quería estar con ella y cuidarla. Por otra parte, también, Roberto alcanzó la edad de 70 años y comenzó a sufrir los síntomas de una enfermedad degenerativa que le impedía trabajar. A pesar de haber trabajado toda su vida, no tuvo derecho a ninguna pensión de jubilación en Méjico por no haber cotizado.

En cuanto a los chicos, ya eran adultos y tenían formada su vida, por lo que ellos decidieron quedarse en Méjico, pero entendieron perfectamente que nosotros quisiésemos volver a España para vivir más sosegadamente.

Imagino que resultará un tópico, pero, curiosamente, al llegar a España nos sentimos como extranjeros, aquí éramos los mejicanos. A estas edades es muy complicado hacer amistades, así que nuestros principales contactos eran de nuestro entorno familiar y fue a través de ellos que fuimos conociendo a más gente. De todos modos, he de reconocer que hubo muchos momentos en los que nos sentíamos algo solos y extraños y, a ello, se juntaba que los hijos también estaban lejos, de algún modo sentí de Méjico la misma añoranza que tuve de Galicia cuando me fui de ella.

Y lo más gracioso de todo esto es que cuando llegué a España, tuve que aprender, de nuevo, como se llamaban los productos, que se tenían nombres diferentes en Méjico, fue volver al principio y dejar de llamar a las patatas, papas

Durante todos los años que vivimos como emigrantes logramos ahorrar el dinero suficiente con el que ir tirando estos años y en cuanto a la vivienda, en uno de nuestros viajes, compramos un piso en Orense que es en el que todavía vivo.

Cuando llegamos, Roberto traía muchas ilusiones de disfrutar de nuestros años de descanso. En Méjico, veíamos mucho en la TVE Internacional o la TVG, las celebraciones de las fiestas populares y mi marido siempre decía que tenía muchas ganas de participar en ellas, ir a la Fiesta del Pimiento, a la de la Empanada, a la del Pulpo.

Lamentablemente nada de eso pudo ser porque todo se truncó con su enfermedad. Él falleció en enero del año 2009 y esos cuatro años que vivió en España lo hizo entre médicos, pruebas y medicinas. A Roberto se le diagnosticó una enfermedad degenerativa que avanzó muy rápido y que le fue paralizándolo todos los músculos de su cuerpo, tanto que en los últimos meses solo podía comer con una pajita porque ya no podía masticar.

Pero Roberto fue una persona muy luchadora y sobre todo con un gran interés por la vida, imagínate que a sus setenta y tantos se contactaba todos los días con sus hijos a través de Internet para chatear y poder charlar con ellos y mis nietos. Es curioso, porque gracias a ese hábito los dedos de sus manos fue de lo último en paralizarse. Yo, siendo más joven que él nunca tuve esa capacidad de querer aprender, aunque, entre en mis planes, sí está el anotarme a clases de informática porque soy consciente de que estas tecnologías nos acercan más a nuestros seres queridos.

Ahora estoy dedicada a mi madre, tiene 95 años y desde hace un año necesita de una dedicación absoluta, algo que es agotador anímicamente pero, indudablemente, se lo debo.

Siempre digo que desde que he llegado no he tenido tiempo de asumir todo lo que ha pasado porque he estado demasiado pendiente de mis seres queridos. Es por eso, que en estos momentos de mi vida, vivo el día a día, no hago planes porque no sé si los podré cumplir.

Creo que mi futuro está en España, pero nunca se sabe. Sí es cierto que me gustaría volver a Méjico de visita porque quiero a Méjico, y allí he pasado los mejores años de mi vida y allí están mis hijos y mis nietos.

Creo que mis hijos seguirán viviendo en Méjico, los dos han seguido con la profesión de su padre y venir a España significaría tener que montar su propio negocio con las implicaciones y las complicaciones que ello conlleva, es algo que no creo que se vaya a producir.

Les echo de menos a ellos y a mis nietos, mi hijo mayor está casado y es padre de dos niños de 6 y 3 años, me da mucha pena no poder compartir estos años con ellos pero la situación se ha complicado y no puedo visitarles todo lo que quisiera.

Hoy, llevo en mi corazón a Méjico y solo puedo decir que únicamente aquel que ha emigrado por necesidad, sabe lo duro que es que se le arranque a uno de su tierra.

MINISTERIO DE SANIDAD Y ASISTENCIA SOCIAL
DIRECCION DE SALUD PUBLICA
TRANSUNTE Servicio Sanitario de Inmigrantes E. Imp. 450.

CERTIFICADO DE SALUD

No. 1009 **GONZALEZ DURAN ROBERTO**

Nombre _____
Sexo M Edad 19 años N. Española
Ex. Serológico negativo 20-1-54 E. C. salvata
Ex. Rad. Tórax normal 20-1-54
Condición física bien

Viruela
Fecha 19-11-53 Tipo de Reacción INMUNIDAD.-
Tifoidea
Dosis cc Fecha 20-1-54
1 _____
2 _____
Tifus
Dosis _____ Fecha _____
1 _____
2 _____
Difteria
Dosis _____ Fecha _____
1 _____
2 _____
Fiebre Amarilla
Dosis _____ Fecha _____
1 _____
2 _____

Observaciones _____

CERTIFICADO: que examinado a la persona descrita quien en la actualidad no sufre enfermedades contagiosas. Este certificado será válido por seis meses y puede ser cancelado en cualquier momento por la Autoridad Sanitaria competente.

Médico [Firma] Fecha 25 ENE 1954

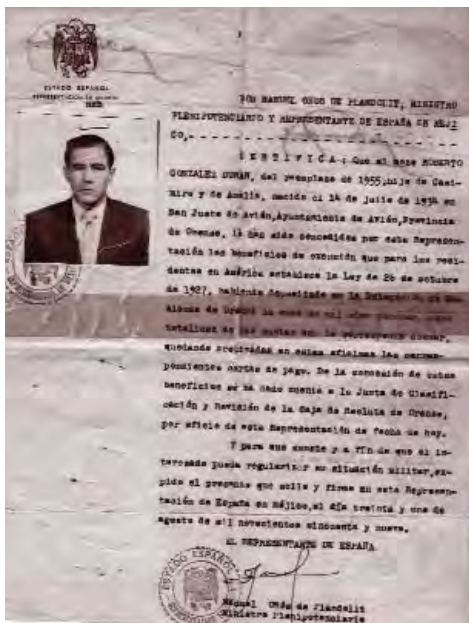
Certificado médico de Roberto, necesario para trabajar en Méjico



Los hijos de Sindra en Méjico



Roberto en una de sus visitas a Avión



Documento de la regularización militar de Roberto



Roberto y Sinda poco antes de retornar

**MARYSOL BABARRO
CALVIÑO**

“La utopía está en el horizonte.
Camino dos pasos, ella se aleja dos
pasos y el horizonte se corre diez pasos
más allá. ¿Entonces, para qué sirve la
utopía? Para eso, sirve para caminar...”

(Eduardo Galeano)

Marysol es una mujer alegre, su cara siempre tiene una sonrisa y ello a pesar de que, como todos tenga sus días buenos y sus días malos. Marysol desprende optimismo e incluso contándonos su historia, su visión de la vida es que siempre hay que mirar hacia delante.

Marysol nació en Venezuela, pero pasó su infancia en Galicia junto a sus abuelos quienes ejercían las funciones de padres, al igual que en tantas otras familias. A los 7 años volvió a Caracas y su visión de España y Galicia fue evolucionando y en sus planes nunca estuvo regresar.

La historia de Marysol es la de una mujer en la que su retorno no tiene como causa principal el aspecto económico o mejorar una situación laboral. Ella lo dejó todo por la salud de su hijo. La historia de Marysol es la historia de una madre.

Mis padres se marcharon a Venezuela a comienzos de los años 60 y allí nació yo. Cuando tenía dos años viaje a Galicia con mi hermano menor y aquí nos quedamos con mis abuelos paternos y mi hermana mayor, que había nacido en Ourense. Evidentemente, mis primeros recuerdos de niña fueron con mis abuelos, son ellos quienes aparecen en mi memoria. Sé que al igual que otros niños de la época, mis hermanos y yo, llamábamos a mis abuelos papá y mamá, puesto que ellos eran para nosotros quienes desempeñaban este papel.

Cuando tenía siete años, mi abuelo nos llevó de vuelta a Caracas. El primer recuerdo de mis padres lo tengo esperándonos en el aeropuerto y allí el abuelo nos dijo: “Aquí están papá y mamá”, no sé como describir lo que sentí, porque frente a mí tenía a unas personas que eran un papá y una mamá de teléfono..., para mí, eran unos extraños.

Los primeros años en Venezuela fueron durísimos, porque además de estar en un país totalmente ajeno a nosotros, mi hermano pequeño regresó a España donde estuvo con mis abuelos unos años más y tanto mi hermana como yo, le echábamos mucho en falta porque era nuestro pequeño compañero de juegos.

Para mí, Caracas y Galicia eran muy distintas y la vida que llevábamos eran totalmente diferentes. No solo había diferencias en la cultura sino que toda la gente que nos rodeaba era gente ajena, incluso mis padres nos resultaban extraños; durante algún tiempo, mi hermana y yo fantaseábamos de que aquellos que decían que eran nuestros padres no lo eran, sino que eran unos impostores porque nuestros padres de verdad eran nuestros abuelos.

Durante mis primeros años en Venezuela, yo sentía que no era de allí. Para mí, Galicia era mi tierra, era muy niña y todo lo que yo había vivido aquí era maravilloso. Mis abuelos eran muy buenos, mientras que mis padres eran los malos, evidentemente, se trataba de que ellos eran los que se veían en la obligación de educarnos, de decirnos que no a las cosas...

Cuando tenía unos 10 años, regresé a Galicia de vacaciones, yo estaba encantada; pero había tirantezas familiares entre mis padres y mis abuelos a causa de lo que había sucedido años atrás. He de reconocer que nos costó mucho reconocer que nuestros padres eran nuestros padres, y de esta situación mis padres de alguna forma culparon a mis abuelos. Sé que eso es algo que pasó en muchas familias de emigrantes que dejaron a los hijos a cargo de los abuelos.

Desde el punto de vista económico, nuestra situación era bastante buena. Mis padres emigraron con la intención de prosperar, algo que consiguieron con esfuerzo y trabajo. Cuando llegaron a

Venezuela mi padre comenzó a trabajar en una Empresa de Ascensores, años después montó su propia empresa, en la que también trabajaba mi madre.

Con el tiempo se convirtió en una mediana empresa en la que mi padre tenía a su cargo varios trabajadores. Se trató de un negocio próspero. Mis padres tenían un buen piso en una buena zona de Caracas y una preciosa casa en la playa, recuerdo que siempre veraneábamos en Margarita y recorrimos toda Venezuela. Nunca nos faltó de nada, mi padre cambiaba de coche frecuentemente, y eran de buenas marcas. Siempre tuvimos una persona para ayudar en casa porque mi madre trabajaba. El dinero no era obstáculo para viajar a Galicia, algo que mi padre hacía regularmente.

Tras una infancia algo complicada por los sentimientos encontrados que nos produjo ser arrancados de Galicia, la visión de lo que estaba sucediendo a mí alrededor fue cambiando.

Por mi carácter y mi formación me fui convirtiendo en una persona muy comprometida socialmente, con una conciencia que hacía que cuestionase muchas de las cosas que me rodeaban. Poco a poco, ese sentimiento tan gallego que tenía se fue atenuando y comencé a rechazar ciertas actitudes que practicaban los españoles. La mayoría de los españoles con los que teníamos trato, eran personas que habían prosperado, de lo que me alegró, pero quizás no asumieron esa prosperidad de una forma modesta, hablaban de los esfuerzos que ellos hacían mientras que los venezolanos eran vagos y poco trabajadores (algo absolutamente incierto); muchos de ellos tenían en sus empresas contratados a venezolanos con salarios muy bajos.

Mientras estábamos en Caracas, mis padres se encargaron de que Galicia siempre estuviese presente en nuestra vida, de tal

modo que formábamos parte de la Hermandad Gallega y mi hermano, una vez que se instaló en Venezuela, incluso asistió a un Colegio llamado “Castelao”.

A pesar de ser gallega, nunca me sentí discriminada, ni siendo niña, ni después siendo adolescente, y ello, no por el hecho de estar rodeada de españoles puesto que mi padre de alguna forma se “venezolanizó” y nuestros contactos, nuestros amigos, eran tanto españoles como venezolanos. Además la mayoría de los niños que estábamos en el Colegio teníamos raíces españolas, nosotros vivíamos en la Zona de Quebrada Honda que era un lugar en el que se habían asentado muchos españoles, aunque he de decir en aquellos años toda Caracas estaba plagada de españoles.

Durante los años en los que viví en Venezuela, visité en varias ocasiones Galicia. Tal y como ya dije antes, la primera vez que vine tenía unos 10 años, y fue como volver a casa, aquí estaban mis abuelos, mis muñecas y la bicicleta de mi hermana!! Era aquel entorno el que formaba parte de mi vida porque era el ambiente en el que había crecido.

A los 16 años regresé, y a partir de ese momento, ya comenzamos a tener discrepancias con mis abuelos, la distancia y la cultura nos separaban. Ellos tenían culturalmente ideas muy diferentes a aquellas que yo comenzaba a desarrollar.

A los 20 años, volvimos y la relación con mis abuelos comenzó a ser negativa. Es curioso, aquellos a quienes yo había amado como a mis padres, no entendían tantas cosas que a mí me parecían normales. Ahora les entiendo. Para ellos, las mujeres no tenían necesidad de estudiar, era una pérdida de tiempo dedicarnos a formarnos porque nuestro destino era casarnos y cuidar de nuestros hijos.

Cuando tenía 25 años, volví por última vez a Galicia. Me marché con una profunda tristeza, era invierno, nos despedíamos de mi abuela materna, profundamente enferma. Mi abuelo ya había muerto y mi abuela paterna desde entonces no era la misma. Y encima, mis padres comenzaron a hablar de la posibilidad de regresar, algo a lo que yo no estaba dispuesta. Cuando me fui lo hice con la idea de no regresar en muchos, muchos años... quién me lo iba a decir.

Lamentablemente en aquellos años mi visión de Galicia era triste, solo se hablaba de quienes habían muerto, de enfermedades y que de que las cosas había que aceptarlas tal y como vienen... y por no hablar del clima, acostumbrados como estábamos a un tiempo seco y soleado, en Orense nos encontrábamos con humedad y lluvia. Una vez que me trasladé de forma definitiva a España entendí que aquella visión “negativa” de la vida que tenían los gallegos responde a la cultura y a la idiosincrasia de esta tierra.

Mientras, en Venezuela comencé mis estudios universitarios, estudié Psicopedagogía y Pedagogía, me especialice en Orientación y Ciencias de la Conducta y realicé dos postgrados. Además empecé a rodearme principalmente de amigos venezolanos, la mayoría vinculados al mundo del arte y la cultura. En aquellos años Galicia ya me quedaba muy lejos, nunca imaginé que la vida haría que volviese.

Una vez que finalice mis estudios, comencé a trabajar en distintos colegios de la capital venezolana. Fueron años muy hermosos, porque estaba desarrollándome profesionalmente y estaba dando rienda suelta a todos mis conocimientos trasladándolos a mis alumnos. Poco a poco ascendí profesionalmente.

Entre mis actividades profesionales, destaco mi trabajo en BEMPOSTA, conocida como “Ciudad de los Muchachos”, durante

cuatro años. Mis padres tenían mucha relación con su fundador y cuando estos decidieron instalarse en Venezuela comencé a trabajar con ellos. Fueron años de muchísimo trabajo y grandes experiencias. Trabajar con mis “muchach@s” fue una experiencia altamente enriquecedora. Lamentablemente la “Tragedia de Vargas” (inundaciones y fuertes corrimientos de tierras que provocaron miles de muertos) azotó la ciudad bemposteña en Venezuela, desapareciendo la sede. Afortunadamente todos fuimos sobrevivientes de aquella horrible catástrofe.

Posteriormente comencé a trabajar con UNICEF – Venezuela en las tareas de reconstrucción de Vargas, en Fuerte Tiuna.

A continuación me ofrecieron un puesto como Directora de la Casa Educativo-Recreacional “Luisa Cáceres de Arizmendi”, dependiente de la Fundación del Niño, organismo autónomo cuya Presidenta era la actual ex Primera Dama de la República, en la cual funcionan todos los programas asistenciales para la niñez y adolescencia de la Fundación; hasta el año 2002, momento en el que mi vida sufrió un giro definitivo.

Tal y como te he ido contando, nada hacia presagiar que iba a regresar a España, es más, tras mi última visita a Galicia, nada más lejos de mi intención. Ya nada me unía a esto, pero la vida tiene sus sorpresas y la mía llegó en febrero del año 2000.

En el año 1993 me casé y en el año 1994 tuve a mi hijo Carlos Guillermo, mi motor, mi vida. Cuando tenía apenas 6 añitos le detectaron una enfermedad renal de bastante importancia, se llama “síndrome nefrótico cortico-resistente”, los médicos comenzaron a hablar de que, en un futuro posiblemente pudiese requerir un trasplante. Fueron momentos durísimos para toda la familia.

Tras el impacto de la noticia, valoré la situación. La enfermedad de Carlos en Venezuela solo podía ser tratada por la asistencia sanitaria privada, el coste de un trasplante es inimaginable y costosísimo y aunque nuestra situación económica era buena no podríamos nunca hacer frente a una operación semejante. Por decirlo de alguna manera, yo no tenía nada más que pensar, yo me venía a España con mi hijo ya que solo aquí podría garantizar su futuro en cuanto a salud; todo lo demás me daba igual, mi profesión, el trabajo, las comodidades, incluso mi esposo. Nuestra relación de pareja que ya estaba deteriorada por una serie de sin razones, se rompió definitivamente cuando el 8 de Julio del año 2002 cogí el avión de retorno a España. Ambos lloramos tanto aquella despedida.....

Sinceramente todo ocurrió tan rápido que apenas tengo recuerdos de cómo fue aquello, incluso fue mi hermana la que se terminó encargando de cerrar las maletas, estaba desconcertada...

Repito, venir a España fue el fruto de una decisión desesperada, lo sacrificaba todo, porque lo único que importaba era garantizar la salud de mi hijo.

Pocos meses después regresó mi madre, venía detrás de su nieto. Mi padre había fallecido en el año 2000 y las expectativas de regresar que mis padres habían tenido durante años, para mi madre habían pasado a un segundo plano con la enfermedad de su nieto. Los años de duda dejaron de tener sentido, y tardó en regresar el tiempo que necesitó para dejar todo aquello medianamente arreglado. Nunca podré dejar de agradecer a mi madre todo el apoyo que me dio en el momento más difícil de mi vida; ella lo sacrificó todo, todo lo que había conseguido tras toda una vida lejos de su tierra, dejó incluso a mis otros hermanos en Venezuela y se vino con nosotros, me ayudó en todo y más.

El niño y yo llegamos en verano, la ciudad estaba muy tranquila y arreglar todos los documentos fue muy sencillo. La nacionalidad de Carlos ya había sido tramitada en Caracas y apenas tres meses después de haber llegado a España ya tenía su pasaporte.

A mí me concedieron el subsidio de emigrante retornado y las ayudas que existían a favor del retornado. Sin embargo, la homologación de mi título fue muy costosa, casi cuatro años tuve que esperar para poder ser Licenciada en Pedagogía en España.

El primer mes me instale en la finca de mis tíos, con ellos teníamos una buena relación en cuanto que ellos también habían estado muchos años en Venezuela. Un mes más tarde alquilamos un piso modesto, donde nos fuimos instalando primero, Carlos y yo, y luego mi madre una vez que llegó.

En aquellos meses Carlos comenzó a ser tratado por los especialistas médicos y su infancia estuvo marcada por la maravillosa acogida de su colegio y sus profesores en Carmelitas, especialmente las profesoras Conchita y Blanca, la Hermana Ángeles, sus amigos y los padres de sus amigos, así como su médico nefrólogo, el Dr. Do Forno, a quienes les estoy profundamente agradecida, no hay palabras de reconocimiento suficientes.

Transcurridos los años, lo más importante es que mi hijo está estable, tiene 16 años y con su tratamiento está hecho un “buen mozo”, hace las cosas típicas de todos los chicos de su edad, es un chico sano emocionalmente, al que le gusta el deporte, estar con sus amigos, y acaba de empezar el Bachillerato. Es un magnífico estudiante, y a pesar de todo lo que ha pasado, ha ido llevando sus estudios y su vida con total normalidad.

Yo, luchando... Para mí volver a España fue como comenzar de cero, al igual que lo hice cuando terminé mis estudios, pero con un gran diferencia y es que allí estaba en mi entorno, tenía unas posibilidades laborales de las que aquí carecía, tenía unos medios económicos de los que aquí no disponía, y es que los ahorros fueron agotándose. Han sido años duros; en contraposición he encontrado personas maravillosas en mi camino que se han convertido en amigos y amigas, y me han facilitado el camino en la medida de todas sus posibilidades.

En estos años, profesionalmente no he encontrado, aún, mi lugar. Al no encontrar nada en España, en el año 2003 me marché a Perú con una ONG británica para un proyecto educativo en los Andes peruanos, se trataba de una oferta de trabajo para dos años y mi madre se quedó en España con Carlos. Cuando llevaba un año vine por las vacaciones, me di cuenta de que estar lejos de mi hijo no me compensaba y no regresé. Después he estado trabajando haciendo encuestas y últimamente me dedicó a dar Cursos de Formación Ocupacional en algunos Organismos que cuentan conmigo, se trata de trabajos eventuales con los que vamos saliendo adelante, con aprietos e intentando no pensar en mi casa en Venezuela.

En el año 2007 mi madre falleció repentinamente, seis meses antes lo había hecho mi esposo y padre de mi hijo. El desarraigo que sentí entonces fue durísimo, y junto con el momento en el que me comunicaron la enfermedad de mi hijo, han sido los momentos en los que más sola me he sentido a pesar de estar rodeada de gente. Mi esposo fue un pilar en mi vida, aun después de la separación, y mi madre fue una mujer muy luchadora, que se ponía el mundo por montera y que con el fin de ayudarnos económicamente trabajó hasta el último día. Logré despedirme de ella dándole las gracias por todo lo que hizo por nosotros, pero no sé si ella se enteró, tuvo un final muy digno. Fue una madre ejemplar que hizo todo lo que supo por apoyarnos a los tres hermanos.

Durante estos años Carlos ha ido a Venezuela en tres ocasiones, entre ellas a despedirse de su padre. Él allí tiene a sus hermanos mayores por parte de padre y no quiero que pierda el contacto con ellos.

Yo volví dos, la última tras la muerte de mi madre, necesitaba alejarme... creía que marchándome dejaría aquí el dolor, pero el dolor vino conmigo. Allí estuve tres meses y curiosamente sentí que mi hogar estaba aquí.

De alguna forma sentí que mi pensamiento reivindicativo y vinculado a la justicia social se ha visto en parte devastado, porque siento indignación al observar que independientemente de cual sea el régimen político que esté al frente solo piensan en su pecunio, no miran por la ciudadanía. En Venezuela no hay un reparto equitativo de la riqueza, son muy pocas las familias, comparativamente, que tienen calidad de vida y riqueza. Hay una situación de pobreza institucionalizada, una delincuencia como forma de vida, de tantos años de injusticias y falta de oportunidades de las masas.

Pero en Venezuela tengo a mi hermano y a mis sobrinos, allí están los hermanos mayores de mi hijo, están mis amigos de toda la vida, así que volver a Venezuela es algo que siempre necesitaré.

En cuanto a mi futuro yo soy una mujer optimista, y creo que mi mejor momento no ha llegado. Yo ya he empezado varias veces de cero, así que no tengo miedo, lo importante es tener confianza y esperanza y yo la tengo porque sé certeramente que los mejores tiempos están por venir. Económicamente estaré mejor de lo que estoy, pero tampoco me voy a quejar, aquí hemos sido felices, mi hijo crece con “normalidad”, está estable, tengo buenos amigos, he ido produciendo para mantenernos y eso es lo único que me importa, porque unos riñones se convirtieron en mi proyecto de vida, allí lo dejé todo por ellos.



Marysol y sus hermanos en la aldea de sus abuelos, antes de marchar a Venezuela



Marysol en Venezuela



Marysol, en el centro, con los niños de Bemposta en Venezuela, donde trabajaba



Marysol y su hijo Carlos en Galicia

**EMILIO GONZÁLEZ Y
MATILDE DE LEÓN**

“La vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir”.

(Gabriel García Márquez)

Emilio y Matilde, son un matrimonio entrañable, y tienen ese característico acento argentino. El de Matilde es propio, mientras que el de Emilio, que nació en Abavides (Orense), fue adquirido en sus 59 años como emigrante en el país de la Patagonia. Emilio forma parte de toda aquella generación de gallegos que tuvieron que marcharse porque de no hacerlo, esta tierra no les ofrecía más que miseria.

Emilio se casó con Matilde y los dos emprendieron juntos un camino, por una vida que les acabó por traer de vuelta a Galicia. Ellos fueron unos de tantos que vieron como un país tan próspero como Argentina terminó en el proceso conocido como corralito, que dejó a muchos argentinos y emigrantes gallegos sin nada, tras toda una vida de trabajo.

Ellos lejos de hundirse, decidieron iniciar una nueva vida con sus hijos en España, porque para ellos “si los chicos están bien, el futuro es hermoso”.

Emilio comienza diciendo... Mis padres se casaron en Cuba, mi madre había emigrado allá con mi abuelo siendo una niña, mientras que mi padre para no tener que ir a la Guerra de Marruecos, donde había fallecido uno de sus hermanos, también se fue a la isla cubana. Como decía, allí se casaron y con los ahorros que consiguieron, volvieron a España donde se instalaron en los años de la República.

En Abavides nací yo en 1934, y eran tiempos prósperos para mis padres, que incluso construyeron una buena casa, sin embargo todo cambió pocos meses antes de que estallase la Guerra Civil, y la situación social y económica se volvió tan inestable que mi padre decidió marcharse a Argentina. Mi madre se quedó en el pueblo embarazada de mi hermana y conmigo, que apenas acababa de cumplir dos años.

Aquí vivimos nuestra infancia y entre los recuerdos que guardo en mi memoria están mi madre como una mujer muy protectora, siempre pendiente de que no nos sucediese nada, y mi abuelo materno con el que nos criamos y que era “papá Manuel”. A pesar de que no estábamos con mi padre, fueron los años hermosos de la niñez.

Era el año 1944 cuando mi madre, mi hermana pequeña y yo emprendimos el viaje a Argentina. Mi padre que estaba documentado en Argentina y tras acreditar que económicamente podía hacerse cargo de nosotros, nos reclamó legalmente y pudimos viajar a reunirnos con un padre al que no conocíamos. Ese era el momento de hacerlo porque en aquellos años, a los varones mayores de 12 años no nos permitían salir del país porque podíamos ser llamados para formar parte de las reservas militares.

Aún me acuerdo del día en que nos despedimos de mi abuelo, todos lloramos mucho y mi abuelo no quiso salir de la casa para no vernos marchar a coger el autobús que nos llevaría a Vigo. Llegar a Vigo supuso un día de viaje y una vez que llegamos allí tuvimos que esperar siete días para coger el barco que nos llevaría a nuestro destino. Eran épocas en las que el petróleo era escaso y hasta que se conseguían llenar los tanques pasaban varios días. También me acuerdo que antes de subir al “Monte Amboto”, nombre del barco en el que hicimos el viaje, nos revisaron la documentación durante día y medio. En aquella época éramos muchos los que viajábamos con papeles, pero también había muchos que lo hacían de polizones en aquellos enormes transatlánticos y lo hacían sin los papeles que debían tener, es decir, que al igual que ahora hay extranjeros que viajan irregularmente también los españoles lo hicimos en aquellos años.

Cuando comenzamos la travesía mi cabeza y mi corazón se encontraban en conflicto, estaba muy contento por ir a conocer a

mi padre, porque aquella era la mayor aventura de mi corta vida, pero estaba muy triste por mi abuelo que se había quedado desolado, por dejar mi entorno, mis juegos de niños, mis primos...

Cuando llegamos a Buenos Aires ya estaba esperándonos mi padre, y el encuentro con él fue muy emocionante. Todo se resume en un padre que conocía, por primera vez, a sus hijos y unos hijos que veían, por primera vez, a su padre.

Mi padre había adquirido un despacho de panadería con el fin de que mi madre lo atendiese, él por su parte era carpintero y trabajaba mucho convirtiéndose, poco a poco, en un hombre de prósperos negocios. Mi hermana y yo seguimos con nuestros estudios, y gracias a que las cosas iban bien en casa podía acceder a buenos colegios. Así estuve estudiando hasta lo que equivale a 4º Curso de una Licenciatura en Inglés en el Instituto Cultural Argentino Norteamericano y con 20 años comencé a trabajar en la empresa española “Hijos de Ibarra – Argentina”, una empresa acitera en la que trabajé 4 años y en la que llegué a ser 2º Jefe de Cobranzas.

Durante aquellos años mi padre había prosperado y había montado su propio negocio de transportes con una flota de cinco camiones que viajaban transportando mercancías a lo largo de todo el país. Mi padre me pidió que empezase a trabajar con él y, así fue como comencé a trabajar como chofer, desplazándome por todo el país. Asimismo, por aquella época me casé por primera vez y tuve dos hijos.

Debido a que mis largos viajes me impedían estar con mi familia, le pedí a mi padre que cambiase mi ruta de viaje pero no aceptó, por lo que tuve que abandonar la empresa. Adquirí un taxi

y con el me iba ganando la vida, económicamente no estaba desahogado pero tampoco me faltaba de nada.

A comienzos de los años 70 empecé a trabajar en una importante empresa de autobuses urbanos que circulaba por toda la ciudad de Buenos Aires, con esfuerzo compré la mitad de un autobús y así empecé a progresar económicamente, llegando a ser propietario de cinco autobuses y, en 1981, ocupé el cargo de la Presidencia de Transportes Línea 304 S.A., una cooperativa de más de 100 socios.

Fue en aquella empresa donde conocí a Matilde.

Matilde comienza a hablar...

Yo tenía 21 años y empecé a trabajar como administrativa en la Empresa Transportes Línea 304 S.A., Emilio era jefe de personal y aunque era mayor que yo y estaba casado, nos enamoramos. Eso provocó que en 1986, tras el nacimiento de nuestra primera hija, decidiésemos dejar la empresa y alejarnos de Buenos Aires para instalarnos en Mar de Ajó (costa Atlántica de la provincia de Buenos Aires).

Aunque yo soy argentina, soy nieta de españoles, y como en Argentina en todas las familias hay un “gallego”, Emilio para mí no era ningún extranjero. Allí la cultura española, la gallega, están totalmente integradas, y son centenares las tiendas y restaurantes dirigidos por gallegos. Nos sentimos muy identificados con esta tierra y todo lo español no nos resulta ajeno. Cuando comencé a mantener una relación con Emilio yo, como nieta de españoles, y él como español que ha vivido toda su vida en Argentina, no notamos ninguna diferencia de costumbres.

Tal y como dije, tras nacer Belén en 1986, decidimos instalarnos en Mar de Ajó y allí nacieron nuestros dos hijos pequeños Fernando en 1989 y Felipe en 1993, y allí comenzamos nuestra vida en común, una vida que nos ha dado muchos momentos de felicidad.

Emilio empezó a trabajar como funcionario en el Ayuntamiento de Mar de Ajó y yo como administrativa en el Hospital de Mar de Ajó, y además los dos trabajábamos por las tardes, Emilio en restaurantes y yo creé mi propia empresa: “Fabricación y Alquiler de Disfraces Suevia”, nombre puesto en honor a Galicia. La verdad es que económicamente nos iba muy bien, teníamos una bonita casa, un coche, y no nos faltaba de nada, además la ciudad de Mar de Ajó era muy tranquila donde residían 30.000 personas.

Fueron años en los que además llevábamos una vida social muy intensa....

Habla Emilio.... Por mi parte, yo empecé a participar muy activamente en el Centro Español de Mar de Ajó, incluso llegué a ser Presidente de ese Centro.

También durante mi vida en Buenos Aires, me mantuve siempre vinculado al Centro Español, pero era más como visitante sin una participación en la directiva, cosa que cambió en Mar de Ajó donde llegamos a tener 800 socios. En el Centro Español siempre tratamos de que nuestros socios fuesen partícipes de las costumbres españolas, preparábamos fiestas, comidas de fraternidad, celebrábamos las fiestas nacionales tales como el 12 de Octubre e invitamos en ocasiones a grupos españoles y gallegos que nos deleitaban con sus actuaciones...

Los chicos iban creciendo sanos y nosotros éramos felices. Además, yo que soy una persona muy activa, a pesar de llegar a los 65 años no me planteé jubilarme puesto que en Argentina no es obligatoria la jubilación.

A finales del año 2001 estalló el fenómeno más importante de los últimos años en Argentina: El Corralito, una situación que no solo supuso una grave crisis económica en Argentina (consecuencia de una devaluación muy significativa de la moneda), sino que produjo una degradación social y moral que suponía una falta de seguridad en la calle que implicaba el temor por nuestras vidas y nuestras propiedades. Incluso algunos policías se convertían en delincuentes porque sus sueldos no les permitían llegar a fin de mes.

Con la devaluación trabajábamos lo mismo, pero mientras que antes lo que ganábamos nos permitía vivir holgadamente, después de la crisis con nuestros ingresos apenas llegábamos a final de mes. Pero, lo que en realidad nos preocupaba era la seguridad de nuestros hijos, el poderles dar un futuro estable y protegerles de toda aquella inestabilidad que nos rodeaba... asaltos, violaciones, robos y asesinatos.

En el año 2003, Matilde y yo tomamos la decisión más dura de nuestra vida, emprender una nueva vida en España.

Matilde añade... Algunos nos decían que era una decisión valiente, yo, a veces, creo que fue una decisión inconsciente, pero creemos firmemente que era lo que teníamos que hacer...

Emilio, continúa...

Desde que me había ido de Galicia fui perdiendo los contactos con los míos... Tal y como dije antes, en Galicia había quedado mi abuelo, pero cuando aún vivían mis padres, mi madre decidió llevárselo a Argentina porque ella era hija única y quería que su padre estuviese con ella; y antes de marcharse, mi abuelo lo había vendido todo. Mi abuelo y mis padres están enterrados en Argentina. Al principio aún mantuve cierto contacto con algunos de mis primos, pero éramos muy niños y poco a poco yo me fui desligando de aquel entorno. Eso sí, a pesar de ello y a pesar de que nunca regresé a España nunca dejé de sentirme español, mi corazón siempre fue el de la tierra donde nací. Por eso a todos mis hijos, tanto los dos mayores como los tres pequeños tienen nacionalidad española porque a todos los inscribí en el Consulado Español. A todos traté de inculcarles sus raíces gallegas, por ello siempre participaron de las actividades del Centro Español e incluso aprendieron a bailar danza gallega.

Matilde y yo nunca habíamos pensado en venir a instalarnos a España, sí viajar a España como turistas, pero como decía las circunstancias habían cambiado...

Matilde continúa diciendo...

En el año 2003, Emilio tenía 69 años y yo 46, teníamos tres hijos de 16, 13 y 10 años... pero la decisión estaba tomada: Decidimos comenzar una nueva vida en España.

Tuvimos que dejarlo todo, nuestra preciosa casa (que tuvimos que malvender), al igual que muchos de nuestros otros bienes, cesamos en nuestros trabajos, los chicos dejaron los colegios a los que iban, y el 8 de junio de 2003 tomamos el avión que nos traía a España. Tras tantos años trabajando, toda nuestra vida venía en

aquellas maletas... Belén, nuestra hija mayor, venía desolada; de los chicos era la más consciente de lo que estaba pasando... y Emilio...

Emilio dice, yo venía muerto de miedo, porque con mis 69 años sabía que no iba a encontrar trabajo pero que tenía una familia que sacar hacia delante...

Llegamos a Santiago de Compostela, nuestra intención era instalarnos allí puesto que pensábamos en los estudios universitarios de nuestros hijos. Nos instalamos en un hotel muy discreto de Compostela y al día siguiente nos levantamos con mucha energía con la intención de buscar un piso que alquilar para poder vivir, no nos podíamos permitir vivir de hotel porque a pesar de que traíamos dinero no sabíamos cuanto tiempo estaríamos sin tener ingresos. Aquel día fue agotador, pero sobre todo fue desolador. Recorrimos todas las Inmobiliarias de Santiago de Compostela pero ninguna nos quería alquilar un piso, no teníamos el aval de una nómina... llegamos a ofrecer una fianza equivalente a dos años de alquiler, pero nuestras intenciones no se cumplieron.

Por ese motivo, decidimos al día siguiente trasladarnos a Xinzo de Limia, cerca de allí había nacido Emilio y al tratarse de una ciudad más pequeña no nos resultaría tan complicado encontrar un lugar donde vivir...

En aquellos días escribí en mi Agenda: “España, vengo a conquistarte, por favor, déjate.- Hay muchas flores. No hay villas. No hay pobres. No hay mugre. Hay Seguridad. Los paisajes son hermosos. La gente camina tranquila, alegre, sin prisa, está bien vestida. A las 22.30 H. se esconde el sol”. Un año después, en el 2004, escribí “Ha sido el año más duro y difícil de mi vida”

Alquilamos una furgoneta y viajamos hasta Abavides, allí dormimos en el único hostel del pueblo. Al día siguiente a Emilio le reconocieron y alquilamos un piso en Xinzo que nos entregarían el 1 de Julio. En aquella misma semana conocimos a unos primos que nos dejaron su casa para vivir hasta que entramos en nuestro piso y también aprovechamos aquellos días para escolarizar a los niños y así cuando llegase septiembre ya no hubiese ningún inconveniente. A pesar de las dificultades, estábamos ilusionados y los chicos estaban contentos. Recuerdo como Belén decía que aunque viviese de ocupa, no tuviese coche propio y no tuviésemos grandes lujos, éramos felices.

Los chicos tenían documentos porque traían pasaporte español y su partida literal de nacimiento, sin embargo Emilio no podía acceder a su DNI porque el Registro Civil en el que estaba depositada su partida de nacimiento había ardidido en el año 1955; eso significó que se tuvo que celebrar un juicio que probase la presunción del nacimiento de Emilio en Abavides y para ello tuvimos que contar con el testimonio de algunos de los vecinos del pueblo que declararon que sí conocían de su existencia. Así y todo él estuvo 5 meses sin tener DNI. Por mi parte yo también estuve varios meses indocumentada porque faltaba la inscripción de mi matrimonio en el Consulado. Parecía que todo se nos complicaba y no nos podíamos permitir seguir viviendo sin ingresos porque nuestros ahorros iban gastándose.

Siempre hemos presumido de unos hijos estupendos y en aquellos duros momentos nos lo demostraron, porque a pesar de ser unos chicos muy pequeños sabían de las dificultades que estábamos atravesando e incluso Belén con sus 16 años decidió buscar un trabajo aquel verano con el que ayudar a salir hacia delante. Encontró empleo en un restaurante a dos cuadras de la casa en la que vivíamos, la pobre llegaba todas las noches a las dos de la mañana y al final del primer mes trajo un sobre en el que venía

íntegramente su sueldo... Sin duda ha sido uno de los momentos más tristes de mi vida, porque era mi hija de 16 años la que tenía que ganar el sustento para la familia, mientras que nosotros como padres no éramos capaces de encontrar un trabajo que así lo hiciese. Aquella noche, decidí que al día siguiente encontraría trabajo dónde fuese y en lo que fuese...

En España he encontrado gente muy buena, pero también gente desalmada que abusa de las miserias humanas. Encontré empleo en un taller de costura que estaba en Celanova, trabajé sin papeles, sabía que aquello no estaba bien pero tenía que llevar un sueldo a casa, el primero lo recibí tras dos meses de trabajo... todavía lo tengo anotado ¡324 Euros! Aquel hombre era un sinvergüenza que explotaba a sus trabajadores con el fin de hacerse rico y sin tener en cuenta nuestras cargas. Por aquel entonces, logré mi documentación así que empecé a trabajar en el restaurante donde había estado Belén y allí lo hice durante año y medio, gente fantástica que siempre se portó muy bien conmigo y con mi familia. Después de este periodo de tiempo comencé a trabajar en una fábrica de embutidos de Allariz, donde todavía sigo y en donde estoy muy contenta, si bien he de reconocer que físicamente es muy duro. Además, en España descubrí que estaban las mismas estrellas que veía desde Argentina, a pesar de que me costó meses localizar a los siete cabritos, y a las tres marías (Matilde aclara que son constelaciones de estrellas).

Por mi parte, *dice Emilio*, al ser mayor de 65 años sabía que no encontraría empleo en España por lo que traté de arreglar mi jubilación. Suscribí el Convenio Especial para Retornados y durante un año coticé a la Seguridad Social española a fin de poder acceder a una pensión contributiva en base al Convenio Hispano-Argentino. A pesar de ello tardé cuatro años en poder empezar a cobrar puesto que como yo no había solicitado todavía mi jubilación en Argentina, España no me reconocía el derecho a esta

pensión, mientras el ANSES (Instituto de Seguridad Social Argentino) no aprobase mi jubilación. Fueron cuatro años que anímicamente me resultaron muy complicados puesto que, como padre de familia era incapaz de poder ayudar a mi familia y veía como Matilde trabajaba horas y horas, prefería no tomar vacaciones (para así poder cobrarlas), trabajaba haciendo disfraces en sus momentos libres, y sobre ella estaba el peso de pagar todas las facturas. El día en que llegó la resolución favorable y se me reconocía el pago de los atrasos fue un día muy emotivo y lo celebramos con una gran fiesta en casa, además así pudimos pagar algunas de las deudas que habíamos contraído en estos años.

Durante estos años hemos visto como nuestros chicos han ido creciendo, como se han hecho adultos y estamos tremendamente orgullosos de ellos. Belén es Licenciada en Economía y ha realizado 2 Master, Fernando está estudiando 3° de Psicología y está combinándola con materias de Criminología, mientras que Felipe comenzará el año que viene sus estudios universitarios aunque todavía no tiene muy claro lo que quiere hacer. Los tres son magníficos estudiantes y en base a ese esfuerzo han podido estudiar lo que han querido y donde han querido sin coste económico alguno; además siempre han combinado estudios y trabajo, de tal forma que han podido vivir con los caprichos lógicos de los chicos de su edad. A pesar de que eran unos adolescentes cuando llegamos a España no tuvieron ningún problema a la hora de insertarse y sabemos que serán unas grandes personas y unos estupendos profesionales.

Además mientras que en Argentina participábamos en el Centro Español, en Xinzo hemos creado una Asociación de Emigrantes Retornados e Inmigrantes “D^a Ignacia Gómez Paz” Con esta Asociación de la que yo soy Presidente pretendemos ayudar a todos aquellos retornados en las gestiones más básicas, puesto que nosotros tuvimos que pasar por todas ellas, y como no, también

pretendemos asesorar y ayudar a todos los inmigrantes que forman parte de la misma porque nosotros, a veces, nos sentimos, a pesar de ser españoles un poco como extranjeros, y este colectivo es el más indefenso porque están solos en un país que no es el suyo.

Desde que llegamos, Emilio ha ido a Argentina en una ocasión para visitar a su hermana, a su hija mayor y su nieto, mientras que, por mi parte, dice Matilde, yo he ido el año pasado a visitar a mi familia: A mi madre y a mis hermanos. Les echo tanto de menos, la distancia es tan dura....

A pesar de los malos momentos, de los grandes sacrificios estamos muy contentos con nuestra decisión porque sabemos que ha sido lo mejor. Si bien el corralito fue lo que nos impulsó a venir a España, sabemos que, de no haber existido y habernos quedado en Argentina, nunca hubiésemos podido dar una educación tan excelente a todos nuestros hijos. Mientras que a Emilio se lo llevaron de España, a mí Argentina me expulsó, ninguno de los dos salimos de nuestros países por decisión propia y, a veces, pienso que nuestros hijos al igual que su padre también vinieron a España sin decidirlo ellos.

No nos planteamos regresar a Argentina porque ahora nuestra vida está en España, aquí se encuentra la familia que creamos, nuestros hijos comunes y Manuel, el hijo mayor de Emilio que está en Barcelona. En Argentina también queda parte de nuestra familia y muchos amigos, yo sería plenamente feliz si pudiese vivir en España y viajar al menos una vez al año a Argentina, pero eso no puede ser. Por ello pienso que aunque parte de mi corazón está en Argentina, la otra parte y la razón están en España y es aquí donde debo estar.

Para nosotros el futuro es hermoso si los chicos están bien y son felices, si aquello que les puedo comprar, aunque sea poco, lo pueden utilizar, cosa que lamentablemente en Argentina no es así. No obstante, sueño y anhelo que aunque nosotros no regresemos, Argentina vuelva algún día a ser la que fue, porque riqueza natural y humana le sobra y a pesar de que hay mucha delincuencia y corrupción, también hay mucha gente buena, trabajadora y honesta que merece que el país salga adelante.



Emilio y su padre en Argentina



Celebración de la festividad de Santiago Apostol en Argentina



La familia de Emilio y Matilde antes de regresar



Emilio en el avión, de regreso a España



En el avión de regreso

**GERMÁN ABADÍN Y
TERESA FERREIRO**

“El gallego no protesta, emigra.”

(Castelao)

Germán y Teresa emigraron siendo muy jóvenes y son el más claro ejemplo de esa emigración económica que tanto afectó al pueblo gallego. Gente joven y trabajadora que tuvieron que buscar un futuro lejos de su tierra porque aquí se les negaba la posibilidad de un trabajo digno con el que poder sobrevivir dignamente. Su experiencia es la de muchos otros, es aquella en la que para prosperar había que dejar a sus hijas al cuidado de familiares, aquella en la que la distancia y la morriña era tan grande que a pesar de los beneficios económicos pesaba más el regreso al hogar.

Teresa comienza a hablar.... Germán nació en Allariz y yo en A Merca y nos casamos cuando yo era muy joven, nos instalamos en el pueblo de Germán y heredamos el trabajo de nuestros padres, dedicarnos a las labores del campo. Eran años muy difíciles, muy duros y aquellos trabajos no ofrecían ningún futuro y apenas nos daban para sobrevivir.

Continúa Germán.... En 1967, cuando mi hija mayor, Pepita, tenía apenas un año y Teresa estaba embarazada de nuestra hija Mila, se nos presentó la oportunidad de que yo me marchase a Canadá. En aquellos años Canadá necesitaba mucha mano de obra y se había convertido en un país de oportunidades, y todo aquel que trabajaba, tenía un futuro. Mi hermano se había ido unos años antes y me ofreció la posibilidad de viajar a ese país, bastaba con “reclamarme”. La forma de entrar en ese país regularmente, consistía en que alguien que ya viviese allí te reclamase, se exigía como requisito que esa persona tuviese una cantidad de dinero en el Banco puesto que con ese dinero se garantizaba la manutención del que viajaba a Canadá, de esta forma se conseguía que la Oficina de Emigración emitiese un Certificado que demostraba la regularidad del extranjero. En ningún caso era necesario tener un contrato firmado, ni tampoco ninguna oferta laboral.

Me instalé en la provincia de Ontario a 800 Kilómetros de Toronto, hay que tener en cuenta que los territorios en Canadá son muy exten-

sos (muchos bosques y grandes lagos) y que la densidad mayor de población se concentra en las grandes ciudades como Toronto u Ottawa. En el resto del país lo que existen son grandes pueblos, pero no ciudades tal y como lo que conocemos aquí.

Al día siguiente de llegar, comencé a buscar trabajo y ese mismo día lo encontré. En aquellos años, en Canadá sobraba trabajo y allí además de españoles (vascos, gallegos, asturianos...), había muchos finlandeses, italianos y portugueses. Comencé a trabajar como peón forestal para una importante empresa en los grandes bosques canadienses; vivía con el resto de mis compañeros en los grandes barracones que había montado la empresa, que se trataban de grandes casas de madera que tenían lo imprescindible para vivir cómodamente, buenas camas y calefacción para soportar las bajas temperaturas. Formaban parte de la plantilla varios cocineros que se encargaban de prepararnos las comidas y las cenas. Durante la semana todos los trabajadores pasaban allí los días, y al llegar los fines de semana quienes quisieran podían acercarse al pueblo para pasar allí sus momentos de ocio. En mi caso, al encontrarme solo, fueron muy pocos los fines de semana que me decidí a bajar al pueblo, es más, cuando algunos fines de semana había que hacer algunas horas extras me ofrecía a hacerlas para mantenerme entretenido y así poder ganar más dinero.

En el año 1970, Teresa y yo decidimos que ella viajase a Canadá, entre otras razones, porque era la forma de poder conseguir más dinero y así entre los ingresos de los dos hacer que tal vez mi estancia fuese más corta.

Teresa sigue... Cuando Germán se fue, yo lo pasé muy mal, me quedaba sola con una niña recién nacida y nuevamente embarazada, pero la sensación fue todavía más desgarradora cuando en el año 1970 tuve que dejar a mis dos niñas pequeñas en Galicia para poderme ir yo a Canadá. Sabía que era lo mejor, porque así

les podría dar un futuro mucho mejor, pero eran demasiado pequeñas y yo muy joven, apenas 19 años. Mi niña mayor se quedó con su abuela paterna, mientras que mi niña pequeña con mi hermana. Sin duda, eso fue lo más duro de nuestra experiencia.

Mi marido me reclamó y viajé a Canadá. Recuerdo que cuando el avión bajaba hacia Toronto aquella ciudad me parecía enorme, tengo en mi memoria las grandes torres y los altos edificios de aquella ciudad. Desde el primer momento, Canadá me gustó.

Llegué un domingo y el lunes ya estaba trabajando. Empecé a trabajar en la industria del textil, en una fábrica de pantalones y terminaba todos los días con el cuello sucio de hilos. Al acabar de trabajar en la fábrica me iba a un restaurante de unos finlandeses y allí trabajaba hasta la hora de cierre. Mi jornada laboral comenzaba a las 8 de la mañana y venía terminando a esos de las 10-11 de la noche, pero no me costaba porque nuestro objetivo era ganar dinero.

Germán... Al llegar Teresa, lógicamente yo abandoné los barracones y los dos nos instalamos en una pequeña casita que alquilamos a una italiana, esa casa tenía una habitación, un baño y una pequeña cocina, pagábamos 50 dólares al mes y allí estuvimos durante toda nuestra estancia.

Trabajar tantas horas, *dice Teresa*, mantenía mi mente entretenida y de alguna manera calmaba mi angustia por no estar con mis hijas; tanto en la fábrica como en el restaurante la gente era estupenda y eso hacía que los días pasarán más rápido.

El gerente de la fábrica de pantalones era un hombre estupendo y trabajaba como cualquiera de nosotras, no tenía aires de

jefe; la mayoría de mis compañeras eran también extranjeras, había muchas portuguesas e italianas y todas trabajábamos mucho porque parte de nuestro sueldo se basaba en la cantidad de pantalones que salían de la fábrica. En esta fábrica lo que querían eran buenos trabajadores, te daban 15 días de prueba, si valías te quedabas y si no te tenías que ir.

El trabajo del restaurante completaba nuestros ingresos y de aquel lugar tengo muy buenos recuerdos. Era un restaurante de trabajadores y allí mi actividad era hacer cualquier cosa, desde batir huevos a fregar platos, en este lugar aprendí a hacer muchas comidas típicas de Canadá, como los “*pancakes*”, las “*potatos baked*”, y me acostumbré a cocinar a la plancha. Tengo muchas anécdotas de aquel lugar: Recuerdo que un día llegué y vi unos grandes trozos de bacalao, me entusiasmé porque me encanta ese pescado y mi sorpresa fue cuando el modo en que lo prepararon era muy distinto al que yo estaba acostumbrada, lo hirvieron y le pusieron como una salsa bechamel encima. Días después, me ofrecí a prepararlo y a todos les gustó, los italianos decían: *Bonno, isto é bonno...*

En cuanto al idioma no aprendí a hablar en inglés pero sí lo entendía y en los cinco años que allí estuve, me fui defendiendo. Por una parte, la mayoría de la gente con la que convivía también era extranjera así que nos esforzábamos en entendernos entre nosotros; y a la hora de comprar, ya en aquellos años, en Canadá había grandes centros comerciales y supermercados, así que yo seleccionaba lo que quería y solo tenía que pagarlo en la caja.

Yo sí me esforcé en aprender el idioma, comenta Germán, como había muchos españoles, el Gobierno canadiense se encargaba de organizar unas clases de inglés dirigidas a extranjeros a las que yo asistí y así fui aprendiendo a desenvolverme en inglés, lo que nos facilitaba la vida tanto a mí como a Teresa.

De todas maneras, como dice Teresa, era muy fácil en aquellos años poder llevar una vida normal en Canadá sin saber inglés. La gente era muy amable y se molestaba en explicarte bien las cosas para que les entendiésemos, en la Administración y en otros Organismos también trataban de traducirte aquellas cosas que no comprendíamos y nunca nos sentimos engañados en ese aspecto.

Para mí, una de las cosas que más me gustó en los 25 años que estuve emigrado en Canadá, es que nunca me sentí un extraño, ni discriminado, siempre se me trató bien, siempre fui considerado un igual en relación a los otros trabajadores, trabajaba y cobraba lo mismo que cualquier otro, fuese canadiense, italiano o de cualquier otro lugar.

Además el Gobierno canadiense dictó una ley por la que se normalizaron muchos de nuestros amigos que habían entrado de forma irregular, es decir, sin ser reclamados. Con aquella Ley más de 900.000 extranjeros pasaron a tener documentos y salir de la invisibilidad.

Además aún siendo extranjeros gozábamos de muchos de los beneficios sociales que existían, por ejemplo, si alguien estaba interesado en comprar una vivienda el Estado le daba una subvención de cerca de 4.000 dólares y en aquel entonces el precio de una vivienda en el territorio donde nosotros nos instalamos no llegaba a los 15.000 dólares.

Durante los años que convivimos Teresa y yo en Canadá ganamos bastante dinero y recuerdo que tras dos años de trabajo, en unas vacaciones trajimos 14.000 dólares, que en aquellos años era mucho, mucho dinero.

Recuerdo, *dice Teresa*, que apenas gastábamos en caprichos no solo por no gastar el dinero, sino porque tampoco los teníamos, y cuando queríamos algo lo comprábamos. En lo que más invertíamos era en comida, comíamos lo que queríamos y yo en casa cocinaba comida típica española y gallega, la tortilla, el caldo... Si bien los dos nos acostumbramos a la comida canadiense y a sus horarios.

Al principio me chocó que para desayunar se tomasen aquellas fuentes llenas de huevos fritos con bacón y aquellas tostadas enormes untadas con mucha mantequilla y mermelada, pero era normal puesto que hasta las cinco de la tarde que era cuando terminaban los turnos no se comía, a excepción de un descanso de 20 minutos en el que uno se tomaba un bocadillo. Nosotros nos acomodamos a ello porque las jornadas de trabajo eran intensas y había que tener energía para poder afrontarlas.

No teníamos mucha vida social porque se aprovechaba todo el trabajo que se nos ofrecía, no había fiestas, ni verbenas y nuestros ratos de ocio los pasábamos con los amigos que allí hicimos, normalmente solo salíamos en Fin de Año. De todas maneras, lo que hacíamos para entretenernos era acercarnos los fines de semana a un gran centro comercial que había en el pueblo, lleno de tiendas y restaurantes, pero lo más divertido era ver y escuchar a un grupo de mariachis que había allí y que era lo más cercano a música española que se podía encontrar.

Pero, *dice Germán*, en Toronto las cosas eran distintas. La ciudad era enorme y estaba poblada de españoles y no solo eran trabajadores como nosotros, había médicos, ingenieros..... ¡Mi médico era español! En Toronto, sí había un Centro Gallego al que fuimos muy de vez en cuando, y es que apenas visitábamos esta ciudad porque estaba a 800 Km de donde vivíamos y teníamos que coger el avión si queríamos desplazarnos allí.

De aquellos años recuerdo que nos llegó la noticia de la muerte de Franco que nos sorprendió, pero no nos asustó, si bien durante algunos días aquel acontecimiento fue el tema de conversación central en la colonia española y discutíamos sobre cómo serían las cosas a partir de entonces.

*Continúa Teresa...*En el año 1975 decidimos regresar a España. Mi suegra que estaba al cuidado de mi hija mayor se estaba haciendo mayor y mis hermanas que estaban al cuidado de la niña pequeña también decidieron emigrar a Venezuela. Germán y yo, si bien habíamos hablado de la posibilidad de que las niñas se fuesen a Canadá con nosotros, tras haberlo meditado consideramos que no era lo más adecuado. Por aquellos años, en Canadá, mucha juventud empezaba a tener problemas con las drogas y nosotros temíamos por nuestras hijas. Fuimos algo ingenuos porque a comienzos de los años 80 en España las drogas también se llevaron a muchos de nuestros jóvenes. Desde la perspectiva de los años, creo que no estuvimos acertados en esa decisión y si pudiésemos dar marcha atrás en el tiempo, hubiésemos optado por llevarnos a las niñas.

Pero lo que teníamos muy claro es que los dos no podíamos seguir alejados de nuestras hijas, en cinco años solo las habíamos visto una vez en un viaje de un mes y durante el resto del tiempo, la única manera de mantenernos en contacto con la familia era mediante cartas, porque las conexiones telefónicas no eran posibles, eran otros tiempos, no es como ahora que todo es tan fácil.

Germán y yo estábamos viendo crecer a nuestras pequeñas en fotos, aquellas que acompañaban las cartas que nos enviaban mis hermanas, y a pesar de que en Canadá todo nos estaba saliendo bien, la angustia por la distancia con nuestras hijas era algo imposible de apaciguar. Además, soy consciente de que ellas

también sufrieron mucho el que nosotros estuviésemos tan lejos, eran demasiado niñas y tuvieron que madurar demasiado pronto para poder desenvolverse solas porque a pesar de estar con gente que las querían y las cuidaban, ellas nos hubiesen necesitado tener a su lado en su infancia

¿Te acuerdas Teresa?, *dice Germán*, cuando llegamos al pueblo, al bajar del taxi vimos a unos niños jugando en un parque y yo te dije, aquella niña debe ser Mila, señalando a nuestra hija.

Cuando regresamos, la idea era que nos quedaríamos los dos, pero pasados unos meses yo decidí volver a Canadá. Tenía cerca de cuarenta años, nunca había cotizado en España y encontrar un trabajo bien pagado en este país era imposible. Teresa se quedó y yo volví a coger las maletas para emigrar de nuevo, teníamos que seguir sacando a la familia adelante aunque ello supusiera sacrificar nuestra vida en común, y eso, a pesar de que muchos matrimonios conocidos y muchas familias cercanas se rompieron a causa de la distancia.

Cuando regresé a Canadá, seguí trabajando en los bosques, estuve en los depósitos de hilos de trigo, trabajé también para empresas constructoras que hacían servicios para la Administración ... Todos aquellos trabajos duraban alrededor de 6 meses, eran muy duros pero estaban muy bien pagados, el salario era de ¡1000 dólares semanales! Los últimos cuatro años antes de mi regreso, me trasladé a Toronto y allí trabajé en el sector de la construcción, en esta ciudad los sueldos eran muy buenos y yo, al estar solo, lo que quería era trabajar para ganar dinero.

A pesar de la distancia, no olvidaba a mi familia y cada año que pasaba me costaba más estar allí solo, así que trataba de visi-

tar España todo lo posible, al menos una vez al año y casi siempre en Navidades, y excepto en dos o tres ocasiones que me quedé en Canadá por trabajo, traté de pasar siempre estas fiestas con mi familia. Cuando uno está lejos, son muchas las cosas que no puede compartir, ni vivir y recuerdo que apenas tuve tiempo de despedirme de mi padre.

Por mi parte, *dice Teresa*, yo me instalé con las niñas en un piso que habíamos comprado en Orense y, como soy una mujer muy activa y acostumbrada a estar ocupada, empecé a trabajar en una importante fábrica de plásticos. Cuando esta empresa cerró, me ofrecieron trabajo en una casa en la que, además de hacer las faenas y las labores del hogar, también me ocupé de la educación de los niños, y allí estuve hasta que cumplí los 65 años y me jubilé. En España no ganaba tanto dinero, pero estaba con mis hijas, las veía crecer y con ellas podía compartir una vida.

El dinero que ahorramos nos sirvió para comprar un piso en Orense, hacer una casa en el pueblo y adquirir un solar que tiene cierto valor, pero sobre todo hemos podido darles a nuestras hijas un futuro mejor, invirtiendo en sus estudios y ayudándolas a montar su vida, algo que nuestros padres no pudieron hacer con nosotros porque en Galicia lo que había era mucha miseria.

Cuando me jubilé, regresé a España, *dice Germán*, pero antes, dejé todo bien preparado con la Administración y así no tener ningún problema para poder cobrar mi pensión. Del total de mi pensión, el 25% se lo queda el Gobierno canadiense por haberme desplazado al extranjero y también es allí donde pago mis impuestos. Todos los años tengo que enviar una Fe de Vida y otros documentos para poder seguir cobrando y es que la Administración canadiense es muy seria, no se queda con nada de lo que es tuyo, pero también has de devolver aquellas cantidades que hayas

cobrado sin que te correspondan. Una curiosidad: No hace muchos años me enviaron un cheque por una pequeña cantidad que había dejado de percibir en el año 1972 y que yo ni sabía ni que tenía derecho.

Por mi parte, *dice Teresa*, acabó de cumplir 65 años y he comenzado a gestionar la pensión que me pueda corresponder. A diferencia de mi esposo yo sí tengo pensión de jubilación española porque aquí he cotizado el tiempo que necesitaba.

Desde que regresamos de Canadá yo nunca he vuelto a ese país, Germán si lo hizo hace unos cinco, seis años porque tenía que gestionar unos documentos que le pedían por el tema de su pensión de jubilación.

Para nosotros, Canadá está en nuestro corazón, fue el país que nos sacó de la miseria, todo lo que tenemos se lo debemos a lo que allí trabajamos, porque tuvimos unas oportunidades a las que aquí no optamos. Para nosotros, emigrar fue la única solución para no morir de hambre, y nos permitió ganar nuestro pan y el de nuestras hijas. En Canadá muchos españoles tuvimos la oportunidad de prosperar y si fuésemos jóvenes, de nuevo, allí volveríamos con los ojos cerrados. Pero ahora, todo lo que obtuvimos con nuestro esfuerzo lo disfrutamos con nuestras hijas y nuestro pequeño nieto Anxo de un año, porque a ellas queremos dedicarles todo el tiempo que no pudimos darles en su infancia.



Teresa y sus hijas antes de emigrar a Canadá



Germán y Teresa, recién llegados a Canadá



Teresa ante la casa en donde vivían en Canadá



Germán en un lago
canadiense



Teresa en Canadá



Teresa y Germán,
con unos amigos, en
un día de descanso

**CARMEN
CUNTÍN ALONSO**

“Se despidieron y en el adiós ya
estaba la bienvenida”.

(Mario Benedetti)

Carmen tiene 51 años y su vida está marcada por la emigración, su padre fue emigrante, su esposo es emigrante y su hijo también emigró..., sin embargo, Carmen nunca dejó Galicia.

El relato de esta mujer nos traslada a una Galicia rural, en la que la emigración ha marcado a todas las familias, porque en todas hay quienes se marcharon y no regresaron, quienes se fueron y dejaron atrás a sus esposas frente a la dura tarea de echar para adelante con el hogar y de criar solas a sus hijos.

Esta es la historia de muchos hogares gallegos en las que las familias vivían separadas porque era el único modo de prosperar en una tierra castigada.

La historia de Carmen comienza así:

Mi padre emigró en dos ocasiones a Brasil. La primera vez, fue durante 7 años antes de que yo naciese. Mis dos hermanas mayores me contaban que de aquel primer viaje mi padre les había traído dos muñecas, las primeras de su vida. Las muñecas estaban hechas de cartón y comenzaron a jugar con ellas, pero la inconsciencia hizo que las metiesen en un barreño de agua de tal modo que vieron, entre lágrimas, como las muñecas se deshacían entre sus manos; también me contaban que había traído un paraguas enorme de los de varillas que era el primero de aquellas características que había por aquella parroquia.

Cuando mi madre estaba embarazada de mí, mi padre regresó de nuevo a Brasil y tardó otros siete años en regresar. Cuando le vi por primera vez no sabía que era mi padre, porque a pesar de que había fotos en casa nada tenían que ver con aquel hombre tan alto al que mis hermanas le llamaban papá.

Mi padre se fue a Brasil con un hermano unos años más joven que él y que se quedó definitivamente viviendo en Brasil donde se casó, nunca llegué a conocer a mi tío porque nunca regresó a Galicia. Mi tío murió hace unos años y como ya hacía tiempo que no teníamos noticias de él, mi padre comenzó a investigar qué era lo que le había sucedido hasta que nos enteramos de su fallecimiento. Lamentablemente, en el pueblo hay muchos casos de gente que se fue hace años y de los que nunca se volvió a saber, incluso de quienes dejando aquí mujer e hijos, formaron familias paralelas en esos países a los que emigraban. Algo que, algunas personas justificaban, porque decían que eran hombres jóvenes que tenían una vida por delante y que para ellos quienes habían quedado en el pueblo formaban parte del pasado.

Mi padre volvió definitivamente a España a comienzos de los años 60 y siempre dice que él es un afortunado porque él pudo volver y que de haberse quedado algún tiempo más, su regreso no hubiese estado tan garantizado, muchas de sus amistades no pudieron regresar porque Brasil entró en una grave crisis económica. Siempre dice que aquel segundo viaje lo debió de hacer a Francia donde decidió marcharse su otro hermano menor, fue el momento en el que muchos hombres de la aldea comenzaron a irse a países europeos porque eran países donde se lograba mayor prosperidad.

Gracias a aquellos años en el extranjero mis padres construyeron su casa y compraron buenos terrenos a los que han dedicado su vida.

Me casé muy joven solo tenía 19 años y mi esposo Manolo ya había cumplido los 28. Tras la celebración de nuestro matrimonio comenzamos a vivir en casa de mis padres y todos vivíamos de nuestro trabajo en el campo, además mi marido estaba cobrando el

paro. Durante ese tiempo, a pesar de las dificultades todo era salvable porque había toda una vida por delante. Cuando una es joven todo son ilusiones y proyectos de comenzar una nueva vida

Fui madre joven, mi primer hijo nació cuando yo tenía 20 años. En donde vivíamos las expectativas de trabajo no eran muchas y fue por eso que poco tiempo después mi marido decidió marcharse a Lérida para trabajar en la construcción, eran los comienzos de los años 80 cuando en Cataluña se estaban construyendo los grandes túneles e infraestructuras viarias. Pocos meses después yo me reuní con él en Lérida, pero dos años después yo regresé sola a Galicia con el niño, no me acostumbraba a aquella vida en la que estaba la mayor parte del tiempo sola porque mi marido pasaba los días trabajando, además mi madre me alentaba a volver, me echaba de menos a mí y al niño así que cada vez que hablaba con ella entre lágrimas me pedía que volviese.

Mi marido estuvo en Lérida 7 años y tras una breve temporada se fue a Valencia casi dos años más. De golpe transcurrieron 10 años de los que apenas dos de ellos habíamos estado juntos y en este sentido las cosas no iban a cambiar porque en el año 1987 nació mi segunda hija y cuando ella tenía 13 meses, Manolo decidió emigrar a Suiza.

Hay un refrán que dice “El casado casa quiere”, nuestro hogar seguía siendo la casa de mis padres, algo que con los años se fue convirtiendo en insostenible, la familia crecía, los problemas generacionales creaban situaciones tensas en la familia, así que decidimos construir nuestra propia casa. Con respecto al terreno no había problema, pero construir una casa implica una inversión muy elevada y que debía sumarse a los gastos que nuestra vida cotidiana implicaba (alimentación, colegios, etc.). Sabíamos que la mejor solución era emprender el camino hacia el exterior porque

en el pueblo no había futuro, y trabajar en Vigo tampoco iba a servir de mucho con todos los gastos que nos venían encima.

En nuestro pueblo fueron muchos los vecinos que se habían marchado a países como Holanda, Alemania, Francia o Suiza. En nuestro caso Manolo optó por Suiza, puesto que unos vecinos con los que teníamos cierta amistad le animaron a marcharse a Suiza y a través de ellos cuando se fue lo hizo con un contrato de trabajo y con todos los papeles en regla.

Recuerdo con mucha tristeza aquellos días porque a pesar de que Manolo ya había estado fuera y lejos durante largas temporadas el hecho de irse al extranjero para mí era distinto, me daba más miedo, supongo que era el temor a lo desconocido. En realidad estar en Suiza no iba a cambiar demasiado las cosas porque no hizo que viese menos a mi marido, ya que tanto cuando estuvo en Lérida como en Valencia, también pasaban meses sin que nos viésemos

Muchos me preguntan porque no me fui con él pero los niños eran pequeños, el mayor tenía apenas 10 años y estaba en el curso escolar, mientras que la niña tenía 13 meses cuando se fue su padre. En aquel momento ni siquiera se habló de esa posibilidad, ni tampoco se planteó que pasados unos meses yo emprendería el camino hacia Suiza.

Se hace un silencio. Y siendo sincera, Manolo, durante todos estos años, nunca me ofreció marcharme con él para acompañarle y yo también estaba acostumbrada a mi vida aquí.

Durante los primeros años de su marcha, le echaba de menos, pero no más que en los 10 años anteriores cuando también había

estado en Lérida y Valencia. Yo seguía viviendo en casa de mis padres, dedicándome a mis hijos, ayudando a mis padres y a los quehaceres normales de una mujer que vive en el campo como es el trabajo en las fincas y las faenas con los animales.

La primera vez que vino Manolo fueron en las Navidades de 1988 y me quedé embarazada de mi tercer hijo.

En cada viaje que hacía mi esposo traía cantidades importantes de dinero que iban impulsando la construcción de la casa (el destierro, las licencias, subir las alturas...), ese dinero lo manejaba él, a mí mensualmente me giraba algún dinero con el que mantener a los niños, pero gracias a que vivía con mis padres pude ir sacando adelante a mis tres hijos.

Fui acostumbrándome a estar sola, a vivir sin marido, a que mi relación con él se limitara al teléfono y a las visitas que nos hacía en verano y en Navidades. Creo que los dos nos fuimos acostumbrando a vivir el uno sin el otro y los niños a crecer sin la figura paterna.

Soy una mujer casada pero nunca he vivido como tal. Me he visto obligada, a veces, a tomar decisiones relacionadas con mis hijos o de la casa sin contar con la opinión de mi esposo al no estar aquí; sin embargo, nunca tuve oportunidad de decidir en otras cosas que tenían que ver con el tema del dinero, por ejemplo en asuntos relacionados con la construcción de la casa porque era Manolo el que disponía como debía ser y en que momento se debía hacer una u otra inversión, por ejemplo, recuerdo que ya llevábamos varios años viviendo en la casa pero mi esposo consideraba que la calefacción no era necesaria, imagino que ya no recordaba que los inviernos en Galicia son largos y fríos.

Manolo lleva 22 años en Suiza y en todos estos años, mi vida ha sido siempre la misma, ir viendo como mis hijos han ido creciendo, como mis padres se iban haciendo mayores y yo dedicada a las tareas de la casa, a las tareas agrarias, a cuidar de los animales. Desde el punto de vista humano siempre he sido independiente, porque mi marido nunca se ha metido en lo que hacía o dejaba de hacer, sin embargo no he gozado de una independencia económica que entiendo debe ser necesaria, siempre he tenido que arreglarme con lo que me ha ido mandando Manolo quien es muy ajeno a lo que implica mantener una casa, la alimentación de los hijos, mantener a los animales, pagar a quienes nos vienen ayudar en el campo, pago del material del colegio, medicinas...

Durante todos estos años nuestros encuentros se han limitado a los periodos vacacionales que aprovecha Manolo para pasarlos con nosotros en casa y a las dos veces que viajé a Suiza. La primera vez que fui a Suiza lo hice acompañada de mis dos hijos pequeños, la niña tenía 9 y el niño 6, Nos fuimos en autobús desde Vigo y nos pasamos 24 horas de viaje. Al subir en el Bus íbamos emocionadísimos, era nuestro primer viaje al extranjero y yo tenía la idea de que mi marido vivía de otra manera a la forma al que me encontré. Cuando llegamos a Berna nos encontramos con que mi esposo vivía en un apartamento pequeñísimo y los niños tuvieron que dormir en unos colchones hinchables en el pasillo. La casa tenía las condiciones más básicas, sin comodidad alguna, ni ningún lujo. Volví a viajar a Suiza hace 10 años. El piso en el que Manolo estaba viviendo ya era distinto, desde hacía varios años vivía en una portería en donde a cambio de realizar las labores de mantenimiento le daban vivienda gratis. Esto era un complemento a su trabajo cotidiano que era el de albañil.

He de reconocer que Suiza me gustó mucho, aunque pasé mucho frío, y lo que sí he de decir es que me llamó la atención lo bien que se desenvolvía mi esposo con el idioma, fue aprendiendo

francés en el día a día. Sus amistades eran de origen español, portugués, italiano... todos inmigrantes y ningún suizo.

A lo largo de estos años, como decía antes, mi marido ha venido visitando España dos veces al año, una en verano y otra en Navidades. Los días previos a su llegada, están cargados de emociones encontradas. Tras meses de espera todos estamos deseando vernos, los unos y los otros. Los primeros días nos dedicamos a contarnos todas aquellas cosas que nos resultan novedosas, a visitar y a recibir a los familiares, en definitiva a celebrar la llegada. Una vez que transcurren esos primeros días volvemos a nuestros quehaceres habituales y ahí es donde ya empiezan los desencuentros porque tanto mis hijos como yo misma hacemos las cosas a nuestra manera y Manolo quiere intervenir en nuestras formas. Conforme van pasando los días llegan los reproches entre los unos y los otros, de tal modo que los que estamos aquí queremos volver a nuestra cotidianidad, mientras que Manolo dice que le apetece regresar a Suiza porque allí se siente más cómodo. Creo que cualquiera que haya estado en mi misma situación le sonará estas palabras.

Pero no voy a mentir, lo que más pena me da de toda esta historia es que me he sentido sola y desamparada como mujer y como madre en muchos momentos de mi vida. No puedo responsabilizar a mi marido porque sé que la decisión de emigrar también fue una decisión dura para él y la tomó con el fin de mejorar nuestra situación y fue una decisión a la que yo no me opuse.

Como mujer, me he sentido sola. He echado en falta a mi marido en momentos tan simples como el de ir a Misa los domingos, en las reuniones familiares, en las visitas a los médicos... Y como madre, he hecho de madre y padre, mis hijos llevan toda su vida sin tener una figura paterna cerca, Manolo ha faltado a las comuniones de todos mis hijos, tampoco pudo estar en el bautizo de mi hijo pequeño; se

ha perdido sus primeros pasos, los inicios escolares, las enfermedades, sus caídas jugando, sus dudas en la adolescencia y su juventud, no conoce sus inquietudes, ni sus intereses. Mis hijos han crecido de forma demasiado independiente y es por ello que se generan ciertos conflictos cuando su padre viene a pasar las vacaciones, porque su autoridad es cuestionada. Para mis hijos resulta difícil acatar lo que le diga un padre que no está con ellos en el día a día y para mi marido es muy complicado hacer el papel de padre porque no está habituado. Tengo una anécdota muy significativa, mis hijos pasaron su infancia viviendo en casa de mis padres, de ahí que cogiesen la costumbre de llamar a su abuelo “papá abuelo” y a su abuela “mamá abuela”, mientras que a mí ese hecho me daba igual, es más, me parecía una muestra de cariño, a Manolo no le hacía gracia alguna, porque pensaba que le habían dejado de querer y que mi padre estaba robándole su papel en el ejercicio de la paternidad.

Es duro decirlo, pero ni los unos, ni los otros estamos acostumbrados a pasar tiempo juntos, no nos entendemos. Imagino que es algo normal porque nos falta ese cariño que da el día a día y he de ser justa porque no solo Manolo no nos ha entendido, tampoco nosotros hemos sabido comprenderle. Soy consciente de que él también se ha sentido solo, lejos de su familia, en un país distinto y trabajando muchas horas y cuando llega aquí siente que no le quieren y que no le dan aprecio.

Lamentablemente, pasados tantos años y haciendo un balance, he de reconocer que el sacrificio de vivir separados no ha merecido la pena. Además de todo lo que la distancia ha implicado desde el punto de vista familiar, en cuanto que hemos pasado la vida separados, tampoco desde el punto de vista económico hemos salido bien parados.

Durante años mi esposo ha ganado bastante dinero, también es cierto que ha trabajado mucho, incluso ha estado pluriempleado, gra-

cias a ello pudimos construir la casa. Hace seis años tuvo un accidente en la obra que le afectó a un ojo del que prácticamente ha perdido la vista debido a un desprendimiento de retina, cuando fue al médico no le señaló que se trataba de un accidente laboral con lo cual tras varios meses de baja, la empresa decidió despedirlo y mi marido no pudo alegar nada. Desde hace años no trabaja y está percibiendo las ayudas que le corresponden pero que se quedan pequeñas para todos los gastos que tenemos; hace unos meses cumplió 60 años y está tramitando a través de la Consejería Laboral su pensión de jubilación y una vez que ello esté arreglado, contamos que, además de que él ya pueda regresar definitivamente, la situación económica mejore. No dejo de pensar que tanto sacrificio quizás no haya merecido la pena porque si bien ahora ya podremos estar juntos, tendremos que vivir apretados económicamente, cuando el motivo de nuestra separación tuvo su origen en conseguir una vida más próspera.

Y en mi vida, al igual que en la de tantos otros gallegos, la emigración es una realidad. No solo mi padre emigró, mi esposo ha emigrado, sino que también mi hijo mayor decidió marcharse... Mi hijo Manolo tenía apenas unos 20 años cuando decidió marcharse con su padre a Suiza. Allí trabajó, como su padre, en la construcción y estuvo alrededor de unos cinco años. Saber que se iba con su padre me daba cierta tranquilidad, porque sabía que así se acompañarían el uno al otro. Sin embargo, mi hijo, pasados unos años, decidió regresar porque solo aquel que vive la emigración sabe lo duro que es vivir lejos de sus seres queridos. Lamentablemente ahora está meditando la idea de volver a Suiza, puesto que en España no logra encontrar trabajo. Se repite la historia, con el fin de darle un mejor futuro a mi nieto mi hijo debe alejarse de él.

Ya no falta mucho para que mi marido regrese definitivamente aunque todavía no sabemos cuando será la fecha, pero será dentro de poco. Tengo sentimientos encontrados, porque estoy deseando que mi marido vuelva definitivamente a casa y hacer una vida nor-

mal, sin estar pendiente de que llegará el día en que se vaya; pero también tengo cierto temor. Los dos hemos crecido en la vida de forma independiente, cada uno está acostumbrado a hacer su vida, a no dar explicaciones y sé que eso ha de cambiar si queremos que las cosas funcionen, todos deberemos ceder y no sé si todos tenemos la disposición para hacerlo.

Por mi parte, sé que por mi forma de ser me iré acoplando a la situación, pero temo a las discusiones que se puedan producir entre mi marido y mis hijos, porque todos ellos tienen un carácter demasiado fuerte. Pero si todos ponemos interés, tenemos la oportunidad de recuperar parte de los años que la distancia nos ha robado.



Carmen y Manolo en Lérida



El padre de Carmen en Brasil. A través de esta foto conocieron a su padre



Primera comunión del hijo mayor de Carmen



Manolo en Suiza



Carmen y Manolo en Suiza

**JOSÉ ANTONIO
PÉREZ DEL RÍO**

“Cual si en suelo extranjero me hallase, tímida y hosca, contemplo desde lejos los bosques y alturas y los floridos senderos donde en cada rincón me aguardaba la esperanza sonriendo”.

(Rosalía de Castro)

José Antonio, Toni, tiene 36 años, él es como tantos otros, un emigrante de segunda generación, y el reflejo de toda una generación nacida en países del entorno europeo, países a los que sus padres se iban en busca de una vida mejor en unos años en los que el régimen, entre otras cosas, exportaba mano de obra. Fue aquella toda una generación que se esforzó por darle a sus hijos lo que ellos en España no habían tenido y siempre con la intención de regresar a su tierra para disfrutarlo. Esta es la historia de una emigración reciente y tan próxima, que todavía se encuentra en los recuerdos y realidades de muchas familias españolas...

Nací el 26 de Febrero de 1974 en una ciudad alemana llamada Moers que es la ciudad más grande del distrito de Wesel en Renania del Norte – Westfalia, ciudad que está muy cerca de Holanda. Mis padres eran emigrantes de Verea (Orense), mi padre se había marchado en el año 1968 y mi madre en 1969, porque, como decía mi padre, en España las cosas estaban muy difíciles y a pesar de que él ya había estado trabajando un tiempo en Bilbao, donde las cosas estaban algo mejor, para prosperar había que marchar fuera.

Mi padre se instaló primero en una ciudad del sur que estaba cerca de la frontera con Suiza, allí comenzó a trabajar en una empresa muy grande de pinturas. Él se había marchado de Orense mediante un contrato que le había enviado un amigo que ya estaba allí trabajando porque en aquellos años para residir y trabajar en Suiza tenías que tener un trabajo, era la única manera de tener papeles. Mi padre me contaba que en aquella empresa trabajaban, además de españoles, mucha otra gente de otros países como italianos, turcos y muchos portugueses.

A mi padre aquella ciudad le gustaba, pero al año de emigrar mi madre decidieron trasladarse e instalarse en Moers. El motivo fue que mi madre no se acostumbraba al clima tan frío de aquel lugar.

En Moers, mi padre comenzó a trabajar en una empresa llamada KROUPP – REINHAUSEN, era una empresa del sector metalúrgico, dedicada, entre otras cosas, a fabricar vías de tren, piezas para los altos hornos etc. Mi padre trabajó como operario en esta empresa hasta que regresó definitivamente a España y mi madre al llegar a Moers también empezó a trabajar, al principio lo hizo como camarera de hotel (limpiando las habitaciones...), pero pocos meses después encontró trabajo en una carnicería. Esta carnicería estaba situada en el bajo de un edificio de dos plantas, en el primero vivían los dueños de la carnicería, mientras que nosotros vivíamos en el segundo. La relación con los jefes de mi madre fue siempre muy buena y éramos como de la familia, normal, puesto que allí pasábamos la vida.

Mientras que mi padre el alemán lo empezó a entender y a hablar sin problemas, mi madre sí tuvo más dificultades para desenvolverse con él, pero al comenzar a trabajar y convivir de forma continuada con alemanes empezó a tener mucha soltura. Recuerdo una anécdota que me contaban mis padres: Mi madre acababa de llegar a Alemania y todavía se encontraba en la estación de tren, traía consigo una tinaja de vino envuelta en red de plástico, muy típica en Galicia pero que en Alemania resultaba de lo más extraña, un hombre alemán se acercó a ella y comenzó a hablarle, la pobre se asustó porque no entendía nada de lo que aquel hombre le quería decir, cuando se acercó mi padre el alemán le dijo que lo único que quería era comprarle aquella tinaja porque le parecía muy curiosa, y mi padre comenzó a reírse y terminó por regalarle la garrafa.

Mi padre pasó en Alemania 25 años de su vida y mi madre 24. Mi padre siempre quiso regresar a España, nunca dudó de que su vida estaba aquí, él había ido a Alemania a ganar dinero para hacer una casa y poder dar un mejor futuro a su familia. Nunca se acostumbró plenamente a la vida alemana, como en el caso de las comidas, a él lo que le gustaba era la comida española y la alemana la comía solo

cuando no le quedaba otra. Con el paso de los años, además, comenzó a temer que yo decidiese quedarme en Alemania porque me casase o encontrase un empleo ya que eso le obligaría a replantearse la vuelta. Mi madre, sin embargo, se acostumbró muy bien a Alemania y yo pienso que ella sí se hubiese quedado allí definitivamente. Lamentablemente mi padre poco pudo disfrutar de sus esfuerzos y de su regreso, porque falleció en un accidente poco antes de jubilarse y a mi madre, lógicamente eso le afectó muchísimo.

En mi infancia nunca me sentí distinto por el hecho de ser español y eso que en la ciudad en la que vivíamos el colectivo de niños españoles no era muy grande; sin embargo, había muchos niños italianos, yugoslavos y, sobre todo, turcos. De mi entorno más cercano, los únicos gallegos éramos otro niño y yo, y los andaluces formaban el grupo más numeroso entre los españoles. Principalmente, yo jugaba con niños alemanes y los juegos eran los normales de todos los niños, fútbol y todas la pillerías que se hacen de niños, he de reconocer que me crié entre alemanes.

Cuando era niño solo hablaba español con mis padres e incluso, entre nosotros, los niños españoles hablábamos en alemán. En cuanto al gallego nunca lo hablé, ni lo practiqué porque mi padre decía que lo que en Alemania me valdría era, en todo caso, el español porque apenas había gallegos en aquella ciudad. Eso sí, nunca perdimos ciertas costumbres gallegas, mi madre siempre que podía nos hacía filloas o el caldo gallego, y es que en casa las comidas eran típicas españolas, paella, tortilla... como dije antes, mi padre no era nada aficionado a la comida alemana, a diferencia de mí que sí me acostumbré a la gastronomía alemana y más viviendo en una carnicería.

En Alemania, la escolarización se realiza a los 6 años y esta es obligatoria hasta que se finalizan los estudios equivalentes al

bachillerato. El inglés es uno de los idiomas en los que se imparten las clases y gracias a ello me puedo desenvolverme sin problema en ese idioma, si bien, he de reconocer que al no practicarlo, con el paso de los años se va perdiendo fluidez. Durante mi infancia, por tanto, podía hablar alemán, español, inglés y también holandés porque al vivir tan cerca de la frontera holandesa teníamos contacto con gente de aquel país por lo que también aprendimos ese idioma. Estoy convencido de que de no haberme criado en Alemania nunca hubiese tenido la posibilidad de poder expresarme en cuatro idiomas distintos.

En los últimos años escolares y desde los propios centros educativos, nos buscaban lugares en los que comenzar a hacer prácticas. En el penúltimo año de mis estudios yo trabajé en un hotel, mientras que en el último año me destinaron a una Oficina de Correos; además, en Alemania una de las prioridades de los centros educativos es inculcar civismo, por eso, los alumnos de los cursos más avanzados debían ayudar a cruzar a los compañeros de menor edad, en las entradas de los colegios parando el tráfico y para ello se debía ir debidamente acreditado.

Además de mis clases normales en el colegio alemán, también asistía a unas clases dirigidas únicamente a niños españoles y cuyo fin era que aprendiésemos gramática española, literatura, historia y geografía de España etc. La impartición de estas clases se basaba en un acuerdo que existía entre los colegios a los que asistían niños españoles y el Consulado Español. Mis padres me enviaban a estas clases porque querían que yo conociese mi país, cosa que, de no haber asistido, nunca lo habría hecho puesto que lógicamente en Alemania no dábamos clases de historia de España

En cuanto a que los alemanes tienen fama de disciplinados y rigurosos es cierto y evidentemente yo, que me crié bajo esa cul-

tura, la aprendí y es algo que agradezco, si bien, con el paso de los años la he ido perdiendo, como es el caso de la puntualidad. En Alemania la gente es extremadamente puntual pero en España no, y con el tiempo me fui dando cuenta de que cuando uno se citaba a las 10 le bastaba llegar a eso de las 10 y 10 porque, así a todo, tendría que esperar.

Otro de nuestros hábitos en Alemania era visitar el Centro Español, allí se celebraban fiestas típicas y, por ejemplo, cuando llegaba el día de Reyes, a los niños se nos hacía una celebración en la que se nos entregaban regalos, era un día muy especial y mágico porque en Alemania el día de Reyes Magos no es tradicional, por lo que para nosotros era fantástico. En el Centro Español las familias se reunían y entre mis recuerdos está el de mi abuelo quien había estado emigrado en Suiza y una vez que se jubiló venía muy asiduamente a visitarnos, a él le encantaba acercarse al Centro Español porque allí pasaba las horas jugando a las cartas y charlando con otros españoles que iban al Centro.

Mi infancia y mi adolescencia transcurrieron en Alemania y he de decir que nunca me sentí extraño, era uno más de aquella ciudad y hasta los 16 años mi intención era quedarme en Alemania. A partir de entonces las cosas cambiaron y comencé a tomarme en serio la idea de regresar a España, y entre los motivos que me llevaban a esa decisión estaban mis experiencias en las vacaciones que pasaba en mi pueblo.

Todos los años veníamos a España a pasar las vacaciones de verano y las Navidades, aquí nos reuníamos con la familia, mis tíos, mis primos... y eran momentos de juegos y diversión sin preocupaciones. He de decir que la forma de divertirse en España es muy distinta a la que hay en Alemania. En Alemania la gente no está de fiesta en la calle y lo que en realidad son habituales son las fiestas

celebradas en casas porque es el modo de alargar las noches y, sobre todo, más económicas porque consumir en los bares o discotecas alemanes es algo que uno no puede permitirse.

Para viajar a España utilizábamos diferentes medios de transporte, pero los viajes que más recuerdo son los que hicimos en coche. En estos viajes en los que veníamos cargados de maletas y regalos para la familia, fui percibiendo cómo todo el entorno iba cambiando. Cuando era muy niño la carretera que nos llevaba al pueblo estaba sin asfaltar, cosa que con los años cambió, también recuerdo que el viaje hasta la frontera con Galicia se hacía rápido, pero una vez que entrábamos aquí las carreteras eran todas comarcales y el viaje se eternizaba. Pero, como decía, con el paso de los años las cosas fueron cambiando y cada vez las carreteras eran mejores y con más servicios.

En esos periodos vacacionales, al llegar a España, enseguida me sentía acoplado a la vida del pueblo, los primeros días los otros niños me preguntaban sobre algunas cosas y costumbres de Alemania, pero pronto la curiosidad infantil pasaba a un segundo plano en relación a los juegos y aventuras...

En aquellas temporadas y aunque es cierto que estábamos de vacaciones, me daba cuenta de que en Alemania los horarios eran mucho más limitados porque los días especiales lo más tarde que se podía llegar a casa eran las 9.30 -10, en Alemania si un menor de edad está en la calle sobre las 12 de la noche, la policía directamente lo acerca a su casa. Sin embargo, en España los días terminaban mucho más tarde, podía estar en las calles del pueblo jugando sin problemas de horarios y ya siendo un adolescente, una de las primeras noches en las que salí, ¡ llegué a casa cerca de las 8 de la mañana!. Esto significó el consiguiente enfado de mi padre pero yo era feliz, y en esos momentos comencé a darme cuenta de

que mientras que en Alemania la gente ganaba dinero no disfrutaba de la vida, en España eso era distinto.

Cuando terminé mis estudios obligatorios, tenía claro que no quería seguir estudiando, así que decidí regresar a España a hacer el Servicio Militar, yo fui de las últimas generaciones para las que ir a la mili tenía un carácter obligatorio. Estuve un año en la Base Militar de Figueirido (Pontevedra) y ya me quedé definitivamente en España, conmigo regresó también mi madre, mientras que mi padre lo hizo un año más tarde.

Como ya había venido tan a menudo a España y ya estaba muy acostumbrado, insertarme de forma definitiva no me costó nada, aunque he de reconocer que echaba muchas cosas de menos, hábitos y sobre todo a los amigos con los que me había criado y que eran los amigos de la que hasta entonces era mi vida.

Comencé a trabajar como fontanero en el pueblo y después estuve dos años como pintor. Cuando yo tenía 22 años, mi padre que estaba a punto de jubilarse falleció en un accidente de circulación, y mi madre quedó muy tocada, es normal, llevaban toda la vida juntos y cuando empezaban a gozar de los frutos de sus esfuerzos y del sacrificio que supuso la emigración y estar lejos de los suyos, la vida les jugó una mala pasada. Siento mucha pena de que mi padre no pudiese disfrutar de esa casa que tanto le costó construir.

Tras el fallecimiento de mi padre, estuve dos años al lado de mi madre, en esos momentos, ella me necesitaba tanto desde el punto de vista sentimental como práctico porque para desplazarse a cualquier sitio necesitaba que fuese yo quien la llevase en el coche, ella que nunca había tenido interés por sacar el carnet de conducir se arrepentía en ese momento de su falta de decisión. Mi

madre falleció apenas hace cuatro meses y aunque pudo disfrutar algo más de su jubilación, no lo hizo con la alegría que se merecía.

Tras estos dos años de “luto” por mi padre, decidí irme a Andorra durante año y medio. En Andorra estuve trabajando como guía turístico y allí conocí a unos empresarios austríacos que me ofrecieron llevar un negocio dedicado a las balconadas de madera, y para formarme en la empresa, tuve que trasladarme un año a Austria, así que podríamos decir que yo también emigré. Cuando regresé a España, mi actividad laboral se desarrollaba, principalmente, en lugares próximos a estaciones de esquí por lo que mis estancias en Galicia eran muy cortas, cosa que no me convenía porque ello significaba estar lejos de mi madre y de mis amistades, fue entonces cuando decidí dejar el negocio y regresar a Orense.

Al volver a Orense, estuve trabajando durante unos meses en una empresa textil, después comencé a trabajar en una empresa dedicada a la construcción de componentes aeronáuticos y en ella estoy desde hace seis años y donde soy delegado sindical. Mi actividad sindical ha hecho que me acordase mucho de mi padre, él, cuando estaba en Alemania, siempre decía que allí los Sindicatos le habían hecho la vida más fácil porque le asesoraban en todas las cuestiones relacionadas con su trabajo y, además, cuando tenía dificultades en la traducción de alguna carta remitida por algún Organismo ellos se encargaban de explicarles cual era su contenido. Me decía que cuando él comenzó a trabajar, en la propia empresa le dijeron que estar sindicado era obligatorio, imagino que como él que no tenía afinidad especial por ninguno, pediría consejo a alguien sobre el que más le convenía.

Desde que he vuelto a España visito frecuentemente Alemania, lo hago cada dos, tres años y es que, a diferencia de la época de mis padres, ahora las comunicaciones son mucho más sencillas y económicas por lo que viajar a Alemania no es excesivamente costoso. Allí tengo muchos amigos y me gusta seguir en contacto con la tierra en la

que crecí, además, he de reconocer que hay comidas que solo puedo disfrutar cuando estoy en Alemania. Existen unas salchichas que, a pesar de haberlas buscado por todos los supermercados, carnicerías y otros centros comerciales especializados, no las he encontrado. Pero, además, de viajar frecuentemente, también tengo un contacto permanente con mis amigos a través de sms y llamadas telefónicas, porque como acabo de decir, las nuevas comunicaciones nos facilitan mucho la vida a nuestras generaciones.

A lo largo de estos viajes me he dado cuenta de lo mucho que Alemania también ha ido cambiando y más concretamente la región en la que yo vivía, hay menos fábricas y muchos menos inmigrantes. En cuanto a los españoles que vivían en esa región, muchos ya han regresado o están preparando los papeles para jubilarse y retornar, los españoles que quedan allí ya son los hijos de quienes emigraron y que ya han hecho su vida allí porque se han casado o porque han encontrado empleo. Los únicos emigrantes de primera generación que quedan son los turcos, ellos una vez instalados allí suelen quedarse definitivamente y no regresan a su país.

Creo que mi decisión de regresar a España, a pesar de que lo hice siendo muy joven, incluso, tal vez, movido por la inconsciencia de la juventud, fue la más acertada, la calidad de vida que hay en España es inexistente en Alemania. Es probable que gane menos dinero pero merece la pena porque lo puedo disfrutar. No creo que nunca regrese a Alemania, de forma definitiva, y eso a pesar de haber tenido muy buenas ofertas laborales en ese país, que resultaban muy jugosas económicamente pero las he rechazado porque mi vida ya está aquí. A Alemania volveré pero lo seguiré haciendo de vacaciones.

De toda esta historia, la única pena que me queda es que mis padres no hayan podido disfrutar de lo que tan merecidamente habían logrado con sus esfuerzos, y es que la vida fue muy injusta con ellos.

Celebración del primer cumpleaños
de Toni en Alemania



Carnicería en la que trabajó la
madre de Toni en Alemania

Fiesta de disfraces en la casa
de España





Fiesta de Reyes en la Casa de España



Clase a la que asistía Toni



Niños españoles que asistían a clases
de español

**MORAIMA
ÁVILA CASTRO**

“Yo quiero cuando me muera, sin patria, pero sin amo, tener en mi losa un ramo de flores y una bandera”

(José Martí)

Moraima es el ejemplo de un nuevo modelo de retornados, nietos de españoles que recuperaron su nacionalidad tras la aprobación de la Ley de Memoria Histórica. Moraima nació en Santiago de Cuba y tras obtener su pasaporte español emprendió con su familia lo que ellos llamaron la aventura europea. Una aventura que no está resultando fácil porque en España no se encontraron ese país de oportunidades y de posibilidades que creían, pero como ella misma dice, están en un país en el que se vive en libertad.

Mi abuelo Fernando Castro nació en Valverde – Allariz, Orense, y a principios del Siglo XX emigró a Cuba. Cuando era niña recuerdo que, a pesar del carácter hosco y bastante cerrado de mi abuelo, me contaba que él se había ido de España por la grave crisis económica que sufría este país y que se había marchado de polizón en un trasatlántico que cogió en Vigo y que con él solo llevaba lo puesto, ropas raídas y unas viejas alpargatas. La intención de mi abuelo al marcharse a Cuba era poder prosperar y así ayudar a sus hermanas que se quedaron en Galicia y que se dedicaban a realizar labores de costura. Años después se reunieron con mi abuelo cuatro de sus hermanos, dos varones y dos hembras.

Cuando llegó a Cuba mi abuelo, que era un hombre listo y emprendedor, empezó a trabajar como zapatero. Se casó con mi abuela que era hija de un militar español de alto rango, un general del ejército español y que tenía una importante herencia. Entre los dos crearon varias fábricas de zapatos y terminaron por hacer una pequeña fortuna que les permitía vivir desahogados económicamente, si bien las circunstancias hicieron que después lo perdieran todo.

Como decía, mi abuelo era un hombre bastante seco pero nunca dejó de hablar en gallego y además jamás renunció a su nacionalidad española. Uno de los recuerdos más significativos y anecdóticos que tengo de él es que siempre comentaba que había

salido de España escapando del comunismo, fijate donde terminó ¡¡ en Cuba!! Estando ya muy enfermo, varios médicos militares se acercaron al hospital donde se encontraba ingresado y él con las pocas fuerzas que le quedaba los echó de la habitación y les dijo que ¡allí no quería comunistas!.

Tras el fallecimiento de mi abuelo, para mí, España era la tierra de mi abuelo pero nada más, nunca imaginé que vendría a emprender una nueva vida aquí.

Tras la entrada en vigor de la Ley de Nacionalidad, tanto mis seis hermanos como yo decidimos solicitar la nacionalidad española en base al hecho de ser nietos de español. En mi caso, en un primer momento no lo hice con la pretensión de venir a España. Sin embargo, mi hermano Fernando que fue el primero en iniciar los trámites, siempre había tenido en su mente que quería sacar a sus hijos de Cuba para darles unas oportunidades que en aquel país nunca tendrían. Mi hermano Pedro, a pesar de ser militante del régimen y ser confeso a Fidel, también comenzó los trámites de obtención de la nacionalidad española con el mismo objetivo: Sacar a sus hijos de Cuba. Mi hermano pequeño William también formalizó su solicitud, así como mis hermanas Mercedes, Magda y Bersaida.

La tramitación de la nacionalidad española se formalizó en el Consulado de España en La Habana y eran muchos los documentos que se precisaban para gestionarla, pero los más importantes los teníamos: La partida de nacimiento original de mi abuelo y la partida de nacimiento de mi madre que en el año 1998 había optado por su nacionalidad española. Como yo vivía en Santiago de Cuba, cada vez que debía presentar algún documento o formalizar alguna gestión, esto implicaba que tenía que trasladarme a La Habana, lo que aumentaba el elevado coste que supuso ya de por sí la obtención de mi nacionalidad, ¡5.000 Euros! invertidos en la compra de sellos en

moneda nacional y moneda convertible y, porque no decirlo, en pagar sobornos a trabajadores del Consulado. Quiero dejar claro que no son funcionarios españoles, sino trabajadores cubanos que se ganan un sobresueldo acelerando ciertos trámites...

En mi caso, yo presenté mi solicitud de nacionalidad española en marzo de 2009 y en Junio ya se me concedió. En ese momento fue cuando comencé a meditar en la posibilidad de venir a España. Mientras que mis hermanas Bersaida, Magda y Mercedes no tenían muy claro lo que iban a hacer, mis hermanos, Fernando, Pedro y William ya habían decidido dejar Cuba para emprender una nueva vida en este país. En Cuba, a Europa se la ve como un continente muy desarrollado, como una tierra de oportunidades, y España, para nosotros, era un lugar en el que contaríamos con ayudas y posibilidades

Estas dudas que me asaltaban tenían su base en mi situación personal.

Yo tengo estudios superiores de contaduría, lo que equivale a estudios superiores de contabilidad en España y he trabajado toda mi vida en todo tipo de trabajos. Oficialmente, fui gerente de un Banco y después gerente de restaurantes. Con estos trabajos oficiales apenas sacaba dinero para subsistir, de ahí que, al igual que la mayoría de los cubanos, yo realizaba trabajos extraoficiales de toda clase: Hacer bufetes de cocina, trabajar como peluquera e incluso trabajar en granjas de crianza de cerdos, y con el dinero que sacaba de estos trabajos podía dar un mejor nivel de vida a mi familia y permitir a mis hijos ciertos caprichos.

En el año 2009, tras 32 años trabajando, me jubilé “oficialmente”, puesto que las mujeres en Cuba al llegar a los 55 años han

de jubilarse. Al cambio, mi pensión se quedó en 13 Euros/mensuales, cuantía que quedaba reducida a 9 Euros, porque con la “Revolución Energética” que aplicó Fidel unos años antes, me vi obligada a entregar mi viejo frigo a cambio de uno nuevo del que debía ir pagando mensualmente unas cuotas, mediante la chequera. Evidentemente con esta pensión estaba obligada a seguir trabajando para sobrevivir y ello sin hacerlo dignamente.

Por otra parte, estaban mis dos hijos, el mayor, Alfonso, tiene 34 años, está casado y tiene una hija, y él, de alguna manera ya tiene su vida hecha. Pero mi hija Lilibeth que ahora tiene 21 años, se convirtió en mi preocupación porque ella todavía me necesitaba.

Tras mucho meditarlo y valorarlo, decidí que las posibilidades que me podría ofrecer España nunca las tendría en Cuba, por ello comencé a gestionar mi viaje a España con mis hermanos varones, con todo el dolor que implicaba dejar a mi hija en Cuba, pero desde aquí lucharía por reclamarla para que se uniese a mí en la aventura europea. En uno de los viajes que tuve que hacer a La Habana para arreglar mi viaje a España, visité con Lilibeth el Consulado de España y allí nos vio un ángel, un funcionario nos comentó que era posible que mi hija viajase a España conmigo porque era menor de 21 años y la ley otorgaba esa posibilidad. Tuve que retrasar unos días el viaje para realizar las gestiones oportunas, pero merecía la pena ya que mi hija viajaría conmigo y no necesitaría separarme de ella.

Quiero decir que, antes de comenzar a preparar el viaje, mis hermanos y yo meditamos mucho la decisión. Nos reuníamos en casa de mi hermano Fernando, casa a la que llamábamos “La Embajada”, y una de nuestras misiones fue ponernos en contacto con diferentes Administraciones de España y averiguar en el Consulado acerca de las opciones y las ayudas que tendríamos al venir

a España. Recuerdo que en una de las cartas de respuesta que nos enviaron se nos decía que no debíamos preocuparnos, que en España seríamos tratados como españoles y que gozaríamos de ayudas y ventajas por nuestra condición de retornados, algo que nos animó e hizo que la preparación del viaje se realizase entre ilusiones y alegría. Nosotros repetiríamos la historia de mi abuelo y todo consistiría en ayudar a nuestra familia de la misma manera que lo hizo él.

Pedro y William fueron los primeros en partir hacia España, lo hicieron a finales del año 2009. Llegaron a Madrid y allí estuvieron unos días esperando a que llegásemos Lilibeth y yo, que habíamos retrasado unos días el vuelo para poder viajar juntas. Por su parte, Fernando tardaría unas semanas más porque quería dejarlo todo preparado para que su esposa y sus hijos pudiesen viajar a España sin ningún problema y aquí, todos juntos, emprender una nueva vida, puesto que esa era su ilusión.

Decidimos venir a Orense porque de aquí se había marchado mi abuelo y era nuestra referencia. En nuestra cartera traíamos 1015 Euros para cuatro personas, cantidad que nos parecía una verdadera fortuna, y entre esos ahorros y el “maletín de dinero” que reuniríamos con las ayudas y las ofertas de empleo que tendríamos, nuestro sueño europeo pronto comenzaría a hacerse realidad... alquilaríamos un piso y todos estaríamos trabajando...

Nos instalamos en un acogedor hostel de Orense y durante los primeros días nos dedicamos a realizar todas las gestiones: DNI, asistencia sanitaria, anotarnos en el Inem...etc. Pronto nos dimos cuenta que el dinero aquí se iba muy rápido y que las ayudas no eran tantas, ni inmediatas y que para muchas de ellas se exigían unos requisitos que nosotros no teníamos y de los que nadie nos había informado. Durante esos días, solo hacíamos una comida al día, a media tarde y

consistía en zumos, bocadillos, galletas, leche y poco más, que preparábamos en las habitaciones del hostel. Fueron días muy duros y muy intensos pero que estaban cargados de expectativa e ilusión y, sobre todo, algo difícil de explicar... En libertad.

El primer fin de semana, lo aprovechamos para ir a Allariz y buscar el lugar donde nació mi abuelo, allí nos dijeron que la parroquia de Valverde había desaparecido. Siento cierta pena porque me hubiese gustado encontrar algo, porque ello de alguna forma significaría encontrarme con mis orígenes.

Los días pasaban, no teníamos trabajo y el dinero se terminaba... En ese momento, tuvimos la inmensa suerte de que nos pusiesen en contacto con la Fundación Juan Soñador, una casa de acogida para emigrantes e inmigrantes, y tras pasar una entrevista, allí nos instalamos durante dos meses y medio. En esta Casa de Acogida nos trataron fantásticamente bien, teníamos garantizado un techo, una cama y tres comidas al día. Durante esta estancia, llegó Fernando que se instaló con nosotros.

Allí estuvimos dos meses y medio hasta que comenzamos a cobrar una ayuda para mayores de 45 años (RAI), edad que todos superábamos, ya que ninguno de nosotros cumplía el requisito de haber cotizado 12 meses en los últimos seis años, siendo nacional español, para poder cobrar el famoso subsidio a emigrantes retornados.

Tras haber reunido algo de dinero, alquilamos un piso para todos que no tenía grandes lujos pero estaba bien. Cuando nos instalamos en nuestro piso era como empezar de nuevo y a pesar de que todo estaba siendo mucho más complicado de lo que preveíamos, seguíamos ilusionados... pronto esa ilusión desaparecería...

En el mes de mayo Fernando y Pedro cayeron enfermos de Gripe A. Fernando salió curado del hospital y sus hijos, que ya habían llegado, le acompañaron en su recuperación; sin embargo, Pedro que tenía problemas pulmonares previos no consiguió salir y falleció a los pocos días... No puedo explicar lo que sentí, todavía es muy reciente, pero es como si con él se hubiese marchado algo de mí. Una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida fue la de llamar a mi familia en Cuba para comunicarles lo que había pasado, a mi madre que tiene 78 años se lo tuvieron que decir mis hermanas y para ella como para cualquier madre perder a un hijo es algo antinatural, algo que se agravó con la distancia puesto que ella, que había visto salir a un hijo feliz hacía apenas unos meses de su casa, le decían que ya no le volvería a ver ni vivo, ni muerto...

Todo fue demasiado deprisa, estábamos lejos de nuestro entorno y anímicamente nos afectó muchísimo a todos, si bien cada uno respondió de diferente forma a lo que había sucedido.

Fernando, que había sido el cerebro, el que había empujado a todos para venir a España decidió, de un día para otro, regresar a Cuba. El fallecimiento de Pedro lo hundió, y de golpe, se sintió viejo para emprender una nueva vida en España. Sus hijos y su esposa que ya estaban en España le siguieron meses después, puesto que para ellos esto no tenía sentido sin su esposo y su padre.

William, es tan bueno que nunca dejó que los demás nos hundiésemos aunque para él la muerte de Pedro fue algo que le ha marcado definitivamente, porque era su hermano mayor, el que le daba consejos, el que le asesoraba...

Para mí y para mi hija, nada fue igual. Pedro y yo teníamos una relación muy especial entre hermanos. Recuerdo que cuando

éramos jóvenes nos tapábamos nuestras travesuras y aventuras amorosas... su fallecimiento complicó mis problemas de hipertensión, y sin más, empecé a tener ciertas fobias que antes nunca había tenido.

Pedro se fue, pero cumplió sus últimos sueños, pronto llegará a España una de sus hijas y además, como él decía, él de España ya no se va ni muerto...

Durante estos últimos meses han ido llegando mis hermanas, Bersaida quien se ha instalado en el País Vasco con su esposo, puesto que él es de allí, y con ellos ha venido una de sus hijas; también Magda y su esposo que se han instalado en Orense y que han venido acompañados de su hija. Asimismo llegó la esposa de William y mi hermana Mercedes llegará pronto acompañando a mi madre.

A pesar de que dentro de nada todos estaremos juntos, nos falta Pedro y eso supone que este proyecto ya no tenga el mismo aliciente.

De alguna manera mis hermanos y yo llegamos a ciegas a España, y por eso transmitimos a los demás la realidad de lo que había y les aconsejamos que cotizasen un año como españoles porque es necesario para poder acceder a múltiples ayudas, algo que han hecho y que les ha facilitado más su vida.

Durante estos meses nos hemos ido redistribuyendo, algo normal, puesto que cada uno tiene su propia familia. Ahora, yo vivo sola con mi hija y con una sobrina. Desde que llegué, comencé a trabajar de forma esporádica cuidando a ancianos y a niños, tra-

bajos puntuales por los que no cotizo a la Seguridad Social y que complementan esa ayuda de 426 Euros que vengo percibiendo y que terminaré en un par de meses. Lilibeth, está estudiando y también trabaja algunas horas dando clases de baile a unos niños.

Me he acostumbrado bien a España, a su clima, a sus costumbres, a sus horarios... y nunca me he sentido extraña. Cuando digo que vengo de Cuba, la gente me trata todavía mejor, y me siento española, aunque sí he de decir que a pesar de lo que se diga, no gozamos de los mismos derechos que los españoles nacidos aquí, pero es algo que no me aflige porque aquí, en España, solo puedo decir que todo el mundo me ha tratado bien y que estoy cobrando una ayuda económica durante once meses por ser española retornada, algo que en Cuba es impensable.

Soy consciente de que con 57 años no encontraré en España un trabajo que me dé la posibilidad de tener una pensión digna... pero, a pesar de todo lo sufrido y lo vivido, creo que la decisión de venir a España fue una decisión definitiva y acertada de la que no me arrepiento.

No puedo tener arrepentimiento, porque, en cierta forma, aquí encontré parte de lo que buscaba y es libertad. No he encontrado la fortuna que creía que me estaba esperando, pero sí sé que aquí mi hija tiene un futuro que en Cuba no tendría. Fue mi hija, fueron mis sobrinos los que impulsaron esta aventura, porque tanto para mis hermanos como para mí, el objetivo era que ellos tuviesen las oportunidades que nosotros no pudimos tener.

Lógicamente, echo de menos a mi hijo y a mi nieta, él está loco por venir, pero creo que será complicado. Mi idea es quedarme definitivamente en España y regresar a Cuba para visitar a los

míos, aunque creo que tendré que esperar unos años para poder hacerlo.

En España, puedo soñar, puedo aspirar. Con poco dinero puedo hacer y comprar cosas que en Cuba serían impensables. Muchos me preguntan si soporto el clima y yo digo, el clima se soporta, lo que no se soporta es estar comiendo bien sabiendo que los tuyos no lo hacen y que en Cuba no hay Navidad, ni Reyes Magos.



Certificado de no renuncia de la nacionalidad española del padre de Moraima



Certificado de inscripción en el registro de extranjeros del padre de Moraima



Las mujeres de la familia de Moraima en Cuba



Moraima, con su hija, y su hermano Fernando, con su esposa, antes de retornar a España



Moraima con su hijo, antes de regresar



Los cuatro hermanos, ya en España

CONCLUSIONES

Nuestro ayer y nuestro presente son consecuencia de las historias que forman parte de esta obra de relatos y que son las vivencias de muchas generaciones de españoles que nos recuerdan cuales fueron las causas que llevaron a emigrar a tantos millones de compatriotas, las ilusiones que llevaban como equipaje, la morriña que sentían por quienes quedaban aquí y el desasosiego de lo desconocido, porque para algunos emigrar era marcharse al fin del mundo.

Cada historia es distinta y cada una tiene sus propios protagonistas. Ya solo por eso cada una de ellas tiene su valor añadido porque gracias a todos los que han participado con nosotros en la elaboración de esta modesta obra, podemos percibir el dolor que toda realidad migratoria produce en el ser humano.

Solo nos queda dar las gracias a quienes han participado en este recopilatorio por haber sido tan generosos en compartir una parte tan importante de sus vidas con todos nosotros.

GRACIAS, porque, a veces la vuelta es más difícil que la ida...

“La víspera de emigrar, Maruja se puso a cortar leña. Horas y horas, golpeó con el hacha poseída por una extraña obligación. Ése era su último recuerdo. El crujir de la leña y el jadeo del cuerpo. En Buenos Aires encontró pronto trabajo. Y en el trabajo, un marido. Con él, con Wenceslao, volvió a la aldea natal, pasado más de medio siglo.

Entró en la casa campesina. "Ché ¿y vos qué hiciste?", le preguntó una amiga argentina. "¿Qué iba a hacer? Lloré", dijo Maruja.

-Ya. ¿Y después?

-Lloré más.

-Pero, ¿y después?

-Después busqué el hacha y seguí cortando la leña.”

Manuel Rivas

